

ENSAYO SOBRE  
EL DESTINO

BIBLIOTECA POPULAR

*Volumen 38*

Impreso en los Talleres de la  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES  
Pasaje Contreras Nos. 11 y 13. San Salvador,  
El Salvador, Centroamérica.  
1 9 6 3

# ENSAYO SOBRE EL DESTINO



MINISTERIO DE EDUCACION  
DIRECCION GENERAL  
DE PUBLICACIONES  
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

**Biblioteca Popular**  
dirigida por  
**TRIGUEROS DE LEON**  
Portada de Carlos Mérida

*Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

## DEDICATORIA

A ROSARIO DE MASFERRER

**P**OR efímero que sea este libro, vivirá más que yo. Y hasta puede ser que comience él a vivir, cuando ya mi recuerdo haya desaparecido enteramente de los ojos que vieron mi semblante y de los oídos que oyeron mi voz.

Y será justo que así sea, porque este libro es una de las más esforzadas tentativas entre las que se están realizando para explicar con sencillez y claridad lo que antes no se dijo sino con palabras oscuras y complejas. Este libro, y los que vendrán tras de él, intenta decir "desde los tejados, lo que antes sólo se dijo en el secreto de las casas", haciendo accesible a muchos, lo que antes sólo fue accesible a los menos.

\* \* \*

Hay ideas y formas de expresión que sólo pueden encontrarse bajando a los infiernos.

*Tales las ideas y formas que predominan en este libro.*

*Que el Infierno sea el dolor físico, la duda o el desgarramiento del corazón, es cierto que sólo bajando a sus tenebrosas simas se pueden hallar ciertos pensamientos y las formas necesarias para su expresión justa.*

*Para mí el Infierno asumió la forma de parálisis. Parálisis viene de una palabra griega que significa disolución. . . ¡Disolución! Sí, todo está disuelto en el que sufre de parálisis; todo, menos la conciencia de esa disolución. Se necesita haberla sufrido, para saber lo que es. Se necesita haberla sufrido, para saber a dónde alcanza la desesperación del que conserva la energía mental, el ansia de conocer y comunicar, la inquietud del espíritu, el hambre y la sed de movimiento, de aire campestre, de ver deslizarse las aguas del río y de seguir extasiado el vuelo de los pájaros. . . y al mismo tiempo sabe que apenas nos es dable mover penosamente un brazo, y alzar pesadamente los párpados, y enderezarnos levemente y con insufrible dolor sobre la mísera almohada, que más parece aprisionar que confortar nuestros miembros ineptos. . .*

*Así fue pensado y vivido este libro: haciendo el esfuerzo de concentrar en él la escasa vida corporal, la miseria de fuerza corporal que aún*

*me restaba, para no morir de tedio y de impaciencia.*

*Y, naturalmente, fuera locura intentarlo si no hubiera contado con una fuerza real y constante, incansable y devota, que estuviera ahí a mi lado, a toda hora, en todo momento, para darle a mi espíritu la eficiencia material que le faltaba. Un niño enfermo sólo sabe llorar. Un hombre paralítico, sólo maldecir.*

*Y ésa fue tu obra: ser mi brazo, mi mano; y además, la enfermera que vela el sueño, la sonrisa que atenúa el dolor, la voz acariciante que acoge la impertinencia del enfermo cual si fuera una gracia; el ojo maternal, que mira con más misericordia cuanto más injusta y absurda es la exigencia del paciente.*

*Sí, este libro es obra de los dos; es nuestro libro. Yo lo viví, yo lo padecí; tú lo hiciste posible. Sin tu abnegación de dos años, que no falló un instante, se habría quedado en simple dolor. Gracias a ti, adquirió alas, y ahora alza el vuelo y hará su labor con ayuda de Dios.*

*A. Masferrer.*

*Mayo de 1925.*





## NOTA EDITORIAL

**Q**UE el dolor es fuente de creación lo demuestra esta obra. “Hay ideas y formas de expresión —dice Masferrer— que sólo pueden encontrarse bajando a los infiernos. Tales las ideas y formas que predominan en este libro” y más adelante agrega: “Para mí el Infierno asumió la forma de parálisis.”

*El Destino es para el autor el “efecto de una ley cósmica” pues “quiere que toda causa produzca efectos esencialmente semejantes a la causa generadora”. Esta ley de causalidad responde a los postulados de la ciencia y es considerada por Masferrer como un aspecto o modo de actuar “de la Voluntad Divina”. Para el autor, quien cree en la reencarnación, Justicia y Destino son una misma cosa. En el fondo hay cierto fatalismo en este libro, extraña actitud mental en un pensador tan múltiple como él, explicable aunque*

*no justificable porque se origina en su enfermedad.*

*En este Ensayo sobre el Destino, el lector hallará no sólo desasosiego de Masferrer, sino su experiencia y su esperanza; su anhelo de superación y la forma de redimirse para el hombre que, merced a la inquisición del pensador, entrevé una vislumbre lejana para salvarse.*

*Alberto Masferrer fue gran creyente. Tenía fe en sí mismo porque tenía fe en el hombre. En nuestras manos, dice, está nuestro destino. El destino "no es sino una fuerza que nosotros mismos creamos; que ya creada, reacciona sobre nosotros mismos; pero que, una vez reaccionó, se extingue si no le añadimos nuevas energías que le den persistencia."*

*La Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación estima que al reeditar este ensayo no sólo se revive y engrandece para los salvadoreños el pensamiento de Masferrer, sino que servirá para comprender hasta dónde quiso elevar sus ideas y su sacrificio empeñado en el propósito de contribuir al mejoramiento y superación de su pueblo.*

ALBERTO MASFERRER nació el 24 de julio de 1868, en Alegría, departamento de Usulután, República de El Salvador y murió en San Salvador el 4 de septiembre de 1932.

**E**N el vientre de nuestra madre se dictó la sentencia de nuestra vida. Inapelable, irreductible, fatal.

Al nacer, quedó ya establecido que yo sería un geómetra, aquél un campesino, éste un poeta, el otro un soldado. Si no en ejercicio, *en tendencia constante*; la cual, contrariada, nos haría mediocres o desdichados.

Quedó escrito que yo sería un criminal; que tú fracasarías siempre; que aquél sería un opresor, y el de más allá su esclavo.

Tus riñones débiles, tu estómago incapaz, tu sangre sin sangre, tus pulmones tuberculosos, tus nervios locos, tu entendimiento ciego, tu resolución arrebatada, tu voz grosera, tu mirar desviado, son grillos que se te pusieron en aquella cárcel. Y ahí mismo se agració a otros con la salud constante, la risa atrayente, el pecho am-

plio, la sangre pura y rica, la comprensión fácil, la prudencia instintiva, y otros dones que le han traído felicidad y éxito, poder y simpatía... como si fuera un semidiós...



Una sola inclinación de la línea que curva mi frente, un solo matiz de mi voz, un solo acierto, un solo error, una sola ascensión, una sola caída... nada, ni un ápice, ni un punto que no haya sido entonces previsto y acordado. En aquella celda que fue para nosotros no sólo prisión sino también audiencia y tribunal, se ventiló clara, severa y minuciosamente, con qué *Haber* y qué *Debe* tendríamos que entrar en este mundo... Y todo fue de tal manera resuelto y arreglado, que aquella sentencia se cumple, se sigue cumpliendo día por día, sin que en nada pueda eludirse...

Y así seguiremos hasta que, fatigados, vencidos, acaso perdonados, entremos en esta otra morada que se llama el sepulcro, y que también es una cuna, pues en ella nacemos a la vida del más allá...

**S**E pretende que esta injustísima y arbitraria repartición de bienes y de males; que esta lotería extravagante en que unos sacan el premio de la luz y otros el de las tinieblas; unos la herencia de la risa y otros la de las lágrimas . . . se pretende que esa monstruosa parcialidad sea la obra de un dios infinitamente justo y sabio; cuando, en realidad, no un dios sino un demonio —el más inicuo y demente de los demonios—, se necesitaría para concebir y ejecutar semejante injusticia y locura.

*Pues a creer en un dios semejante, se obligan los que admiten que nuestra original existencia comenzó el día y en la hora en que vinimos a este mundo.*

Ahora, piensen los que tal cosa admiten, si habría nada, después de su abominable y execrable dios, más abominable y execrable que los padres! . . .

El hombre y la mujer que me trajeran a este mundo (*si no se admite que yo existía antes de que ellos me dieran el instrumento corporal de la vida*) y a quienes debo mis dolencias tenaces, mis tristezas, mis delitos y mis remordimientos... ese hombre y esa mujer vienen a ser, entonces, dos locos, dos perversos que, a cambio de un goce fugaz, sumergieron un alma inocente en la mazmorra de la Vida, y ahí, cargada de grillos, la dejaron pudriéndose...

Y luego, moralistas idiotas vendrán a predicarme gratitud y amor filial... y un Fundador a quien las edades veneran, escribirá en sus tablas de piedra que debo honrar a padre y madre!...

Empero, el más inconsciente o malvado de todos, será el que llaman dios; pues sabiendo que nací con estrecho cerebro, con tendencias al mal, fatalmente preso en las mallas fatales de la carne, me condenará y me castigará... porque sí; y en cambio, a otros que nacieron con entendimiento claro y puro corazón, naturalmente inclinados al bien, les salvará y recompensará... *porque sí!*...

Entre un dios semejante y el más tenebroso de los demonios, no media diferencia. Aquel a quien Jesús llama el Maligno —el que se deleita

en el mal—, no sabría concebir iniquidad más repulsiva.



Si, pues, aceptamos que nuestra existencia original comenzó el día y en la hora en que nuestra madre nos alumbró; si advertimos que nacemos muy desigualmente dotados —unos en la luz y otros en la sombra; unos con la corona de la dicha y otros con el grillete de la infelicidad—, habremos forzosamente de aceptar:

*Primero*, O que no existe Dios, y que la vida es obra del azar, resultado de fuerzas ciegas e irresponsables, o que es obra consciente del Diablo;

*Segundo*, Que el mal y el desorden presiden y rigen el mundo;

*Tercero*, Que no hay bien ni justicia de ningún género, y que, por consiguiente, nadie, en nombre de nada, puede exigirme que yo sea justo y compasivo.

Nadie tiene que esperar de mí sacrificios, abnegaciones, ni siquiera justicia y respeto de ninguna clase: ¿me han traído aquí, torpemente, por capricho, ceguera o por malignidad? Bueno; yo haré, entonces, del capricho mi ley, y del egoísmo mi brújula; me reiré de la moral y de la religión; me reiré asimismo, de las leyes y de

las opiniones de los hombres, las cuales cumpliré únicamente cuando me agrade, o cuando juzgue peligroso atropellarlas . . . —*¡Sálvese quien pueda!*, será la consigna de mi lucha en la vida, y *¡ay de los vencidos!*, el lema de mi justicia para con los demás.



**E**STAS consecuencias nos horrorizan y nos sublevan.

Tendemos a la justicia con fuerza irresistible. La historia, la ciencia, la filosofía, la experiencia diaria, la moral; todo nuestro yo espiritual, y material, descansan sobre esta certidumbre: *que debemos ser justos; que necesitamos ser justos; que tenemos derecho a ser tratados con justicia*: Porque encontramos la justicia en la raíz de toda vida. Porque se nos concibió en justicia, se nos crió con justicia, y se nos rige con justicia. Porque Dios, que es la razón de todo lo que no comprendemos, la luz de nuestra oscuridad y la fuerza de nuestra flaqueza, es, *por excelencia y por esencia*, El Justo, La Justicia.

Y puesto que no podemos concebir una sombra de error en su sabiduría, ni de inconstancia en su bondad, porque El es en todo Absoluto y

Perfecto. . . debemos entonces aceptar como necesarias, estas verdades que vienen a esclarecer nuestras dudas y a poner en salvo nuestras más hondas e inolvidables convicciones:

*Primera.* Nuestra existencia no comenzó ayer en este mundo. La vida que actualmente vivimos, es una continuación y una consecuencia de nuestras vidas anteriores; así como el día de hoy, es una continuación y una consecuencia de mis días pasados;

*Segunda.* La muerte es el intervalo de reposo y de restauración que separa una de otra, nuestras vidas; así como la noche es el intervalo de reposo y restauración que separa uno de otro nuestros días.

*Tercera.* Cuando comenzó nuestra original existencia, es decir, cuando Dios nos sacó de la Nada<sup>1</sup> y nos trajo a la vida individual y consciente, *no nos formó a unos de lodo y otros de agua límpida; sino que todos fuimos creados esencialmente iguales; como chispas que brotan de una misma llama o como fragancias emergidas de una misma flor.*

Nos creó, pues, iguales en esencia, pero susceptibles de caída y de ascensión, de avance y de retroceso, de esclarecernos o de entenebrecer-

---

<sup>1</sup> NADA, significa la substancia única, preexistente y eterna, de la cual se han formado todas las cosas.

nos . . . según la voluntad de cada uno; según su propio anhelo y su espontánea y predominante aspiración.

Y creádonos así, dejó en nuestras manos nuestro propio destino.

Y por su propia voluntad, y a través del tiempo y del espacio, en innumerables vidas sucesivas ha ido labrando cada uno su capullo . . . del cual, a cada nueva aurora, surge más luminoso y más oscuro, más pesado o más ligero de alas, más experto en atinar con las flores del bien, o más torpe de instintos y más propenso a dar con las hediondas flores del error y del mal.



**N**ACEMOS predestinados.

Cada uno, como dicen las gentes, *trae lo que ha de ser*.

¿Lo trae de dónde?

De los abismos de la Vida. De los viajes y peregrinaciones a través de mil existencias diversas: cada una de las cuales dejó en nosotros una *huella profunda*, cristalizada en una tendencia, en una capacidad, en una idiosincrasia, en una fuerza, en una deficiencia, en una tara, en una inclinación.

En una de esas vidas me hice propenso a la cólera.

En otra, me hice avaro.

En otra, comencé a luchar contra la avaricia y la cólera, pero me hice orgulloso, y comencé a sentir ambición.

En otra, me aficioné a las artes o a las ciencias, y adquirí talentos.

En otras... infinitas... ascendiendo, bajando; perdiendo en un sentido y avanzando en otro; debilitándome en unas virtudes, confirmandome en otras; probando todas las mieles y todas las hieles del egoísmo y del amor; unas veces demonio y otras veces ángel; unas veces tibio y otras fervoroso; unas veces cobarde y calculador, otras valeroso y desinteresado... águila y serpiente, aurora y ocaso, luminaria, niebla, tiniebla... en la tela de mi Conciencia fue bordando el tiempo la urdimbre de *mi destino*; imprimiendo en mi espíritu *los caracteres activos y tenaces de la personalidad*...

Y en esa tela que bordaron las vidas, todo pensamiento, acción, emoción, aspiración o deseo, pintaron un tono, un matiz, una modalidad. Y como es ley *que todo lo que nace propende a continuar*, cada tono, matiz o modalidad, nació con una *tendencia a subsistir*, con una capacidad de *persistencia y desarrollo*, determinados por el impulso que les dio vida; así como en un estanque, cuando se arrojan piedras, cada una genera su onda, más estrecha o más amplia, más intensa o superficial, más duradera o más efímera, según el peso y el grandor de la piedra que las genere.

Y así como se graban y subsisten en nuestra memoria, aunque no lo advirtamos, todas las cosas que hemos visto y oído, y ahí duermen, para despertar cuando llegue el instante propicio, así *en la semilla* de nuestras vidas (memoria que las enlaza unas con otras), se grabaron, se graban día a día las modalidades adquiridas por obra de nuestro deseo y de nuestra aspiración<sup>2</sup>.

Aquello a que aspiramos, aquello que anhelamos ser, eso devendremos indefectiblemente, en la medida y con la sencillez y complejidad de nuestro anhelo. “Pedid y se os dará. Llamad, y se os abrirá”. Mas, una vez que pedisteis, una vez que se abrió la puerta al llamamiento de vuestro querer, contad con que *habéis creado una fuerza*, para el bien o para el mal, y que esa fuerza *no morirá, no se extinguirá, no dejará de actuar hasta que no haya consumido enteramente su energía*. Vivirá, cumplirá su labor a través de vuestras vidas, para dicha o desgracia vuestra, según la naturaleza y la fuerza de su impulso inicial. Vivirá inexorablemente, hasta que la última gota de aceite se consuma en la lámpara, hasta que arda la última y más tenue fibra del pabilo, hasta que ya no quede soplo de aire ninguno que alimente su llama.

---

<sup>2</sup> Aspiración es movimiento del espíritu hacia lo alto, en busca de armonía y de paz. Deseo es anhelar placeres del cuerpo o satisfacciones egoístas del alma.





**E**STA semilla, que es nuestro espíritu, se revestirá, al venir nuestra nueva existencia, *de la forma adecuada; de la forma que le corresponde; de la forma que exprese con absoluta exactitud, la suma de los caracteres y la intensidad y la amplitud de cada uno de ellos*, según fueran cuando se desprendió de su forma anterior. Y la nueva forma será, en su conjunto y en sus detalles, aquella que asegure *la continuación esencial* de la vida anterior, y el desarrollo de todas sus adquisiciones.

Tal forma es, en suma, expresión sustancial de lo que fue nuestra personalidad anterior: aquella vida es la que traduce esta forma de hoy con sus órganos materiales, con sus facultades emocionales y mentales, con sus variadísimos tonos y matices de fuerza, comprensión y valor, resistencia, morbosidad, humor, energía, talen-

tos, simpatía o repulsividad, belleza o fealdad, ternura o rudeza, perseverancia o inconstancia . . . con todas esas modalidades y propensiones que determinan la *resultante de nuestra vida*, y que dan a nuestros propósitos y actos, a nuestros fracasos y éxitos, las apariencias de la fatalidad.

Una *semilla*, tal es, exactamente, nuestro espíritu. Una planta, eso es, exactamente, nuestra forma<sup>3</sup>. Flores y frutos, tal son, exactamente, nuestros pensamientos, emociones, voliciones y actos. Si mejoramos la semilla, habremos mejorado la planta futura. Si mejoramos la planta, habremos mejorado la semilla futura. Si mejoramos las flores, habremos mejorado los frutos. Y de mejores frutos, provendrán mejores semillas, y de mejor semilla, mejor planta; y de ésta, una más fina y más fragante flor.



Así, decíamos, toda existencia es una continuación.

El agente continuador y mantenedor de la vida pasada, de la fatalidad —nuestra cadena, nuestro grillete—, es, como le llama la religión,

---

<sup>3</sup> Forma es no solamente el cuerpo material y visible, sino también la sustancia invisible que le penetra y le envuelve, y que es el *alma*; y además otra sustancia aún más sutil, que penetra y envuelve a las dos, y es la *mente*.

*la carne*; o como decimos nosotros, *la forma*; de la cual nuestro cuerpo no es sino la parte más grosera, fugaz y tangible. El cuerpo o materia, es la cosa que pasa, la cosa efímera, que se renueva día por día, instante por instante. Es Maya, ilusión. Es el agua que corre sin detenerse dentro del cauce.

El agente liberador y transformador de la vida, es la *Aspiración*.

¿Aspiración a qué? A volver a entrar en la fuente, en la *Unidad*, en Dios.

¿Cómo? Por la Renunciación. *Extirpar el Deseo*, enseña Sidarta Gautama (quiere decir, renunciar a la voluntad personal), *es liberarse de la rueda de las reencarnaciones*. Así se alcanza el *Nirvana*, que es la unión total con la Divinidad. *Haciendo su Voluntad*, dice Jesús, en el Padre Nuestro (la voluntad del Padre y no la del hombre que es personal y egoísta), *vendrá a nosotros su Reino*.

Ese reino de Dios, al cual entramos por la Renunciación, anula el poder del Destino.



**L**A *forma* humana es, de por sí, una cárcel. El espíritu de la especie está en ella encarnado, preso. La forma de cada hombre, con sus peculiares idiosincrasias, es la celda particular en la que cada reo se agita y cumple su condena.

La forma, dijimos, *es una creación del espíritu*; una creación que no termina ni adquiere jamás contornos definitivos: la modificamos en cada una de nuestras vidas; la modificamos en cada día de nuestra vida actual, pues todo acto, emoción, pensamiento, volición, afectan las raíces de nuestro sér, influyendo en los caracteres de nuestro espíritu. El hombre viene a ser, así, el albañil que edifica y derriba incesantemente su propia cárcel.

Pero así, también nuestro destino, en apariencia inexorable, intransformable, se halla, en realidad, bajo el señorío de nuestro querer, bajo

el predominio de nuestra voluntad. Sólo que esas transformaciones, si fueren en el sentido de nuestra perfección, se operan con extremada lentitud. Y esto porque *muy rara vez actuamos consciente y hondamente con el propósito de mejorarnos*. El pensamiento fervoroso, el anhelo vehemente de purificación y de enaltecimiento —que constituyen la *verdadera oración*—, rarísima vez conmueven nuestro ser; el cual, de ordinario, sólo se agita intensamente en pos de apetitos, vanidades y odios. Y, además, porque la misma red de las vidas pasadas nos entraba o anula, imponiendo a nuestra voluntad<sup>4</sup> una manera de actuar lenta, débil, inconstante, confusa y contradictoria; semejante al flujo y reflujo de la marea, que tras de mil encontrados vaivenes deja sobre la arena de la playa las mismas huellas imprecisas.



Así va y viene, en sucesión fatal, esta marea de nuestras existencias, imponiéndonos la continuación de lo que fuimos; preparándonos para la reanudación futura de lo que ahora somos.

*Continuación:* ésa es la palabra reveladora de todos los misterios de nuestra vida; la que

---

<sup>4</sup> Voluntad es anhelar intensa, firme y persistentemente alguna cosa.

explica los fenómenos de nuestra conciencia y de nuestros instintos; los triunfos y derrotas de nuestras luchas; la que forja y mantiene atadas a nuestro cuello, las cadenas de hierro del Destino.





## VII

**A** considerarlo atentamente, esto que llamamos *Destino*, no es una maldición caída únicamente sobre la pobre especie humana; no es el desarrollo trágico de una dramática aventura en que el hombre sea el exclusivo y desdichado protagonista sino el *efecto de una ley cósmica*, a la cual se hallan sometidos todos los seres existentes, y de una manera singular aquellos en que ha llegado a manifestarse con más relieve el sentido de la conciencia moral.

Esta ley, que rige la creación actual y regirá toda creación futura, quiere que *toda causa produzca efectos esencialmente semejantes a la causa generadora*.

¿Cuál será la naturaleza, potencialidad y modalidades de un efecto cualquiera? Aquellos *que correspondan a la naturaleza esencial de la causa*. ¿Qué dará la espiga del trigo? Trigo. ¿Qué dará

el pantano? Miasmas. El fuego consumirá, el agua quitará la sed, la sal purificará, la luz habrá de alumbrar y el virus de emponzoñar, hoy, mañana, siempre, eternamente. Tal la causa, tal la consecuencia: “Edificaron sobre arena, y el viento derribó la casa; sembraron vientos y cosecharon tempestades”, enseña Jesús. “Aquí abajo, afirma Sidarta Gautama, nunca se ha visto que el odio no engendre odio; por eso el odio no se puede extinguir sino con el amor.”

*Cada ser engendra a su semejante*, dice esta Ley Máxima, una de las leyes que rigen el Cosmos<sup>5</sup>; las cuales, a diferencia de lo que solemos llamar leyes de la Naturaleza —que sólo actúan en la órbita de la materia—, rigen en todos los planos de la vida, sin limitación de espacio ni de tiempo. Son, por excelencia, las Leyes. Son absolutas, y lo mismo se aplican al aliento de un niño que duerme, que al huracán que alborotó el Océano; lo mismo a la caída de un imperio, que a la caída de una hoja; lo mismo a los pensamientos del hombre, que a los del querubín; al disolverse del terrón en que anidó la alondra, que al desmenuzarse de un astro.

Pues, en último análisis, no hay mundo físico, anímico y mental, sino *Uno solo*, cuya uni-

---

<sup>5</sup> Cosmos o Universo, es la manifestación del Pensamiento Divino; el verbo hecho carne, o expresado en formas.

dad no percibimos por la limitación de nuestro entendimiento. El Universo, la palabra lo dice, es lo *Uno diversificado*; lo UNO que se presenta como vario: uno en esencia, y múltiple en aspectos<sup>6</sup>. Y, necesariamente, regido por una sola e inmutable Ley.



La Ley impera en todo y sobre todo; siempre y en todas partes.

La sabiduría consiste en esta conciencia y presencia de la Ley. El bien, en conformarse a su imperio. El poder, en comprender su manera de actuar.

El acto, el pensamiento, la emoción, el deseo, el ensueño, hasta el azar, todo cae bajo la jurisdicción de la Ley.

Reducir las leyes a la Ley, es, en el pensamiento, *omnisciencia*; en la conducta, es *santidad*; en la contemplación, es *arte*; en las esferas juntas, es *perfección*.

Ni una hoja del árbol, ni un pensar del cerebro, ni un palpitar del corazón, ni un destello del astro, ni un rumor de la onda, ni un roce de las briznas de hierba . . . nada se produce sin sujeción a la Ley.

---

<sup>6</sup> Uno en *esencia*, y tres en *personas* o aspectos, como lo expresa el *Misterio de la Trinidad*.

Escudriñar, interpretar, aplicar la Ley, es el camino de la resurrección.

\* \* \*

Pero nosotros, limitados y ciegos, no podemos abarcar la Ley; no somos dioses, ni ángeles siquiera, sino míseros hombres, sujetos a verlo todo fragmentado; inclinados a sentir, pensar y actuar en todo, como si cada uno fuera el corazón del Universo; el lugar en que se halla, la Inmensidad y el instante en que vive, la Eternidad. Y por eso, en vez de una sola y suprema Ley, vemos innúmeras y limitadas leyes; y por eso nuestra visión de las cosas nos hace caer siempre en el error y en el mal.

Gracias si esforzándonos mucho, reduciremos las innúmeras leyes que fundamentan nuestra confusa y fragmentada visión de la Vida, a unas cuantas *leyes máximas*, que no serán, en verdad, sino *aspectos* de la Ley Unica y Suprema, que sólo sabe Dios.

UNO de esos aspectos, o maneras de actuar de la Voluntad Divina; es esta *Ley de Causalidad*, según la cual, todo pensamiento, emoción, palabra, deseo, aspiración o movimiento; cuanto se pueda concebir como existente en la infinitud de los mundos, desde la nebulosa hasta el infusorio, produce, ineludiblemente, un efecto que es semejante a la causa generadora; o, como se expresa en lenguaje bíblico, “hecho a su imagen y semejanza.”

Esta correspondencia o relación perenne, íntima y necesaria entre la causa y el efecto, se llama en el Plano de la Responsabilidad, *Justicia*; y no sólo impera sobre nosotros, habitantes de la Tierra, sino en todos los astros donde viven seres conscientes, de cualquier naturaleza que sean. Esta es ley para el hombre y el ángel; para los demonios y los serafines; para todas las in-

numerables criaturas que en innumerables formas pueblan el Universo. Y de tal manera es universal y absoluta esta Ley, que no puede concebirse una sola limitación, ni en el tiempo ni en el espacio. De suerte que nosotros, ya estemos en el vientre de nuestra madre, ya descansando en el sepulcro; ya luchando durante nuestra vida corporal, ya disolviéndonos lentamente para volver al estado de germen, o buscando en el seno de lo desconocido los elementos que han de procurarnos una nueva forma con que volver a la existencia terrestre, no escaparemos nunca, ni un instante, a la soberana *Ley de Causalidad*, que en el plano de la Conciencia obra como *Justicia*.

Y más todavía: si por virtud de nuestro esfuerzo para regenerarnos ascendiéramos a un mundo superior, o por excesiva degeneración descendiéramos a uno más triste y doloroso que éste de la tierra, allá nos seguiría esa *Ley de Justicia*, a darnos justamente el fruto de nuestros pensamientos, deseos, sentimientos, acciones y aspiraciones.

Es como una planta misteriosa, capaz de florecer en rosas o en áspides, en larvas o en mariposas, en vampiros o en ruiséñores; la cual, enraizada en nuestro corazón, cambiará sus flores según la reguemos con el agua de las charcas

inertes, con la que arrastran los ríos turbulentos, con la que surge límpida de los sonoros manantiales, con la que filtran las nubes en sus senos de nieve, o con la que diafaniza la aurora para rociar la corola de la margaritas.

Odio y amor, humildad y soberbia, generosidad y avaricia, fraternidad y egoísmo, pureza y liviandad, venganza y perdón... todas son aguas que riegan la planta misteriosa, transformando sus flores y sus frutos.

Esa planta que no podemos extirpar, sembrada por la mano de Dios en nuestro propio corazón, es, propia y exactamente, *el Destino*, inseparable de nosotros, inherente a nuestro propio ser; el capullo que yo mismo tejí, que ahora estoy tejiendo, y del cual he de salir con alas de vampiro, que me harán descender a las más oscuras cavernas, o con alas de cisne, que me ensalcen hasta las blancas cimas a donde sólo llegan las alas de la aurora.

*Justicia, Destino.* La misma ley, expresada con palabras diversas: *Justicia*, en cuanto rige todas las formas de la vida consciente, en la esfera total del Cosmos; *Destino*, en cuanto se cumple, de peculiar manera, en el plano de mi existencia personal, *siguiendo un dinamismo sujeto a mi propio querer.*

Con sujeción tan íntegra, esencial y perenne, que puedo decir, dentro de la verdad más irrestricta: *mi destino soy yo*.



¿COMO funciona ese dinamismo, que da a cada uno, en cada momento de su vida, *aquello que le corresponde* en estricta justicia?

Es éste un misterio tan hondo, que nunca llegaremos a comprenderlo enteramente mientras permanezcamos en este oscuro planeta, morada de incertidumbres y de errores. Pero, hondo e inextricable como es, alguna de sus fases se nos ha revelado; una punta del velo se descorrió un instante, y nuestros ojos pudieron vislumbrar un pálido reflejo de la luz que pasaba.

A la débil claridad de aquel vislumbre, intentemos penetrar en la sombra, a inquirir cómo actúan los que llamaremos *agentes del Destino*.

Los cuales —para mayor eficacia y perennidad de su acción—, residen *en nuestro propio ser*, como el carcelero que habita en la misma cárcel que el reo a quien vigila. Pero estos carce-

leros nuestros no sólo habitan en la misma prisión que nosotros, sino que viven en nuestra propia celda, duermen en nuestro mismo lecho, y tan unidos y apegados andan con nosotros, que, en realidad, ellos mismos constituyen la cárcel en que nos tienen encerrados.

El primero de ellos, y el más fácil de conocer, es el que se forma *de todas nuestras deficiencias nativas*; las cuales de la cuna al sepulcro, influyen en todo momento sobre todos nuestros actos, voliciones, emociones y pensamientos; los pulmones estrechos, la sangre pobre, el estómago débil, el hígado torpe, el riñón incapaz, el corazón arrítmico, el intestino reacio, los nervios asténicos e inconstantes, los huesos propensos a la caries, los tendones osificándose, las arterias yéndose a la esclerosis. . .

Ni drogas, ni régimen, ni dieta, ni operación, ni agente alguno conocido, pueden normalizar enteramente las funciones siempre tardías o desviadas o irregulares de estos servidores enfermos *ya de origen*; que, más que servirnos, *conspiran* contra nuestra felicidad, alterando, falseando u oscureciendo nuestras ideas y nuestras voliciones. Que el dispéptico de nacimiento pierda toda esperanza: nunca verá la vida sino triste y cargada de nieblas. Que aquel que ya vino tiranizado de la constipación, pierda toda esperanza:

su cuerpo vivirá intoxicado, y en su instable humor se sucederán las tempestades. Que pierda la esperanza quien nació con el hígado desordenado y suprabilioso: siempre será impulsivo, agresivo y colérico, y la ecuanimidad rara vez le mostrará los esplendores de su sereno cielo. Que pierda la esperanza aquel que trajo sangre infecta: mientras viva, el miasma reinará en su organismo; pues aquel fluido de la vida, encargado de infundirle agilidad y fuerza, irá regando en él la debilidad y la pereza.

Lasciate ogni speranza . . .



El segundo agente o carcelero, es el conjunto de *nuestras imperfecciones y fealdades externas*, manifiestas e inocultables, que están ahí, ofreciéndose a la contemplación de todos, para enajenarnos su simpatía y su respeto, y hasta para concitarnos su enemistad maligna. ¡Pobre del enano! ¡Pobre del cojo! ¡Pobre del tuerto, del gigantón y del obeso! ¡Pobre del que tiene la voz gritona o aflautada! ¡Pobre del negro y del albino, y del que lleva el cutis sembrado de excrecencias! ¡Pobre del que se afrenta con orejas de lobo, cuello como de toro, nariz elefantiaca o morro de hipopótamo! ¡Pobre del que lleva las

manos consteladas de manchas, los dientes sobresaltados y disconformes, las piernas patizambas y los pies desmedidos!... ¡Pobre también el sordo, y el bizzo, y el tartamudo... pobres!

A fuerza de inteligencia, de bondad, de cortesía, de ser humildes y serviciales, de sufrir las burlas, de ser mansos y suaves, de no llorar y sí reír, logramos, ¡al fin! que nuestros prójimos dejen de sernos desdeñosos u hostiles cuando nos manchan esos estigmas afrentosos. Tras de mucho sufrirlas, se acostumbran a nuestras fealdades y deformidades, y un día llega en que, ¡por fin! nos otorgan su tolerancia, y hasta una benevolencia que semeja un perdón... Pero antes de que alcancemos gracia, ¡cuántos oprobios, cuántas penas, cuántos desgarramientos y punzadas! ¡Cuántas veces, porque éramos feos y disformes, nos negaron justicia, nos dejaron de últimos, nos rechazaron y desconocieron! Un lunar, fue en nosotros laguna; un sol, apenas chispecita fugaz. Día por día, año por año, hubimos de padecer desdoro, inconsideración y vilipendio, a causa de llevar en la cara, o en el cuerpo, a la vista de todos, una desarmonía, un contraste, un defecto, una fealdad risible o repulsiva, asida a nuestro cuello como un áspid al cuello de un cisne...

Estos agentes del Destino, nos traen humilla-

ciones y malquerencias. . . ¡Los otros, que ya dijimos antes, nos atenacean a dolores y enfermedades la triste carne maldecida! . . .



Luego vienen, como fieras que no se doman, aquellos parásitos que viven y se agitan en nuestra alma: timidez, que nos inhabilita y retrae hasta en las empresas más fáciles y hacederas; orgullo, que nos concita enemistades o aversiones; vanidad, que nos hace risibles; temeridad y arrebató, que hacen abortar nuestros éxitos, a punto ya de florecer; gula, que nos entorpece y embota; avaricia y envidia, que son extremos de locura; sensualidad indominable, que apaga nuestra mente y aniquila nuestras fuerzas; ira, que nos ciega y nos precipita en el crimen; pereza, que nos pudre la sangre; y . . . ¡tántas más!

Uno solo de esos parásitos enraizados en los senos del alma, bastaría para hacer infeliz una vida . . . mas, ¡dichoso mil veces, quien sólo lleve una para sorberle el corazón! ¡Qué esfuerzos de años y más años!, ¡qué innumerables caídas y recaídas!, ¡qué desfallecimientos y enderezamientos!, ¡qué lucha ruda, larga, porfiada, dolorosa, desesperada y cruel, para venir a dominar y subyugar a una sola de aquellas hidras, cuyas

cabezas renacen apenas han sido cortadas, y cuyas miradas enloquecen, si apenas un instante contemplamos sus fatídicos ojos! . . .

CON todo, llegaremos un día a domeñar a esos carceleros implacables, si esforzamos en ello todo nuestro querer y nuestra constancia. “El que perseverare hasta el fin, será salvo”, prometió Jesús. Y en efecto, un día, si hubo ardiente deseo y esfuerzo insistente, veréis humilde al que fue soberbio; generoso al avaro, sobrio al intemperante; veréis rodeado de simpatía y de respeto al que antes inspirara risa y escarnio, y hasta veréis sano y fuerte y ágil, a quien nació enfermizo, torpe y débil.

Estos últimos, víctimas de la enfermedad, de la tara congénita, descubrieron, por fin, la palabra secreta que abre las puertas de la salud: *privarse*. Privarse, privarse más, privarse más aún, privarse todavía . . . hasta que el organismo, sujeto al poder mágico de la sencillez, se rehizo, se renovó, se restauró. Agotada la influencia me-

fítica de las impurezas originales —expiada la culpa—, “*sus pecados les fueron perdonados*”, y lo puro, lo sencillo, lo sano, triunfó finalmente en la batalla a que sirvió de campo el organismo inficionado.

*Privación*, es decir, RENUNCIACION.

*El que renuncie y persevere hasta el fin, será salvo.*



Así podemos vencer a esos verdugos del Destino, si les combatimos con todas nuestras fuerzas, y si su potencialidad de actuación *dispone de tiempo suficiente para desarrollarse y consumirse*. Porque, y esto hemos de recordarlo siempre, *todo factor o fuerza, desde el instante en que naciere, trae una determinada cantidad de energía, la cual no dejará de actuar mientras no se gaste enteramente*. Como una vela encendida, que no deja de arder hasta que no se quema y consume la última fibra del pabilo y la última gotecita de aceite, así las influencias que nacen en nosotros, a consecuencia de una emoción, de un pensamiento, de un deseo o de un acto, comienzan inmediatamente a desarrollar su fuerza, y no cesarán de influenciarnos mientras no hayan gastado hasta la última vibración de su energía. Esa es la ley.



Y la otra ley, que viene a complementar la primera, es que esas influencias o *fuerzas*, donde primeramente y con mayor eficacia operan, *es en el propio campo donde nacen*. Su acción decrece a proporción de la distancia, y aumenta con la proximidad al foco de su emisión: de tal manera, que si nace en mí un pensamiento de odio intenso, un deseo violento de hacerle daño a mi enemigo, aquella vibración de ira que surge de mi pensamiento, acaso no llegue a realizarse en daño de la persona aborrecida; pero *ya se realizó en mí*: ya se produjo en mí la vibración nefasta; ya comenzó a desenvolverse en mi mente, y desde ahí se extenderá a mi alma y a mi cuerpo, e influirá nefastamente en ellos, *hasta que toda su fuerza no sea desenvuelta y gastada*.



Hay, decíamos, a más de las deficiencias nativas de nuestros órganos; a más de nuestras imperfecciones y deformidades visibles; a más de la tiranía de las pasiones, otro agente más severo, más persistente, más sutil e inaccesible, casi imposible de modificar en el transcurso de una sola vida, y es nuestra mente, la cual opera y se manifiesta especialmente a través de nuestro cerebro.

En el cerebro está la llave maestra del Destino, inaccesible, casi, a nuestras manos. De una existencia a otra, si hemos sabido merecerlo, modificaremos ese instrumento de la Fatalidad, del cual dependen, más que de ningún otro, los acaecimientos de nuestra vida.

En verdad, todas las fatalidades de que somos víctimas residen, en último análisis, en la obscuridad e insuficiencia de nuestro cerebro. Aun si solamente fuera rudo, confuso, ineficiente, nuestra desgracia se limitaría a que sólo pudiésemos ver una pequeñísima parte de la verdad. Seríamos como el reo que, encerrado en una prisión de altos y gruesos muros, sólo recibe la luz del cielo por una claraboya circular, no más grande que uno de sus ojos. El desdichado sólo ve una misérrima parte del cielo, un pedacito de azul, perdido allá arriba en las honduras del Firmamento. Pero, en fin, sabe que *aquél es, ciertamente, el cielo azul* —un microscópico jirón de cielo azul—, y si se ayuda de su imaginación, reconstruirá la bóveda inmensa, con sólo imaginarse inmenso lo que ve. La deficiencia de su visión consiste en la cantidad únicamente, *no en la naturaleza esencial* de la cosa, que él conoce y recuerda. Por pequeño que sea el trozo que percibe del inmenso dombo celeste, *lo percibe al fin*, y no corre peligro de tomar por el

firmamento un carro de basura o una charca de aguas represas. Podría decir, consolándose, como de Jehová dijo Moisés, "que le había visto las espaldas." Así nuestro reo, *ha visto* el firmamento, aunque en proporción reducidísima: lo que ha visto, no es un escorpión ni una serpiente, sino *el cielo*, en la ínfima extensión que le permite su pobre ojo de hombre aprisionado tras de un muro, y achicado por una claraboya implacablemente reducida.

Mas nosotros, a cada instante, nos hallamos expuestos, a causa de la incapacidad de nuestro cerebro, a tomar un alacrán por el empíreo; la concha escamosa de un caimán, como si fuera el cielo constelado, y los gritos exasperantes de las ranas, por la música de las esferas y el cántico de los serafines. No hay mentira, no hay absurdo, no hay desvarío, ni aberración, ni locura alguna imaginable, que no sea a cada momento creído y considerado por alguien de nosotros, como si fuera *la verdad* misma; ni hay malicia, crueldad, soberbia, egoísmo ni perversidad imaginables, que no sean a cada instante considerados y acogidos por alguno como si fueran una excelsa virtud, o por lo menos, como inofensivos e inocentes. De suerte que aquella disculpa que nos halló Jesús, de "perdonarnos porque no sabemos lo que hacemos", viene a ser una verdad

profunda, que expresa totalmente la miseria de nuestra vida. Merecemos perdón y lástima, no tanto por no saber uno lo que hace, sino, principalmente, *porque no sabe lo que ve*; porque su vil, rudo, torpe, mezquino y desconcertado cerebro, le engaña a cada instante, haciéndole tomar un escorpión por una tórtola, un crótalo por una rosa, y el graznido de un buitre, por el canto del ruiseñor embebecido.

Y de ahí todos los errores y todos los pecados, faltas y caídas, y aquella urdimbre turbia de nuestro existir, en el cual el alma se empaña, y “a cada instante alguna culpa nueva arrastra en la corriente que la lleva en rápido descenso al ataúd”.

Sí, a cada instante el alma se carga con una nueva culpa y un nuevo error y un nuevo dolor, por obra de este fatal cerebro, hecho para el engaño, para la deficiencia, para la visión torpe, deslucida, estrecha, nebulosa y desviada.

El colmo de la desventura se halla en que ni siquiera erramos todos a la vez y con el mismo error —que entonces, no sería tan extremado el desconcierto—. No, ni eso; sino que aquél ve negro donde yo veo blanco; aquél entiende bueno lo que yo creo malo, y éste reconoce virtud donde un otro sólo considera maldad. Y de ahí el andar siempre divididos y contradecidos, siem-

pre adversos y haciéndonos guerra, siempre juzgándonos torcidamente y atribuyéndonos los peores móviles y los propósitos más ruines. Y de ahí rencores y odios, menosprecios e injurias, enemistades y calumnias, murmuraciones siempre, ira e intolerancia, y cerrado todo camino a la misericordia.

Así, cada hombre es para los demás un abismo; nadie comprende a nadie, y el alma de cada uno es una fortaleza sin ventanas, que circunda un foso de tinieblas! . . .



Para comprender cómo se opera este constante yerro nuestro y este andar sin tino y siempre fracasado en el conocimiento de la verdad, imaginemos que nos halláramos en una cámara cerrada y oscura, sin otra comunicación visual con lo de fuera, que algunos discos de vidrio, a través de los cuales la luz penetra de frente y de lo alto. Se nos invita a contemplar, a través de nuestras rodelas de cristal, un amanecer en día de verano, cuando el Sol tachona el horizonte con todos los caprichos de su gloriosa luz. Nos acercamos a nuestros discos, y de ahí contemplamos, desde que se inicia la alborada, hasta cuando el despliegue de tonos y matices se desvanece

en el resplandor único del Sol, que se levanta orlado de centellas de plata.

¿Qué vimos?

Uno, grandes nubadas grises; otro, tinieblas melancólicas; otro, jirones de niebla con desgarraduras y lagunas; otro, un yermo verdoso y opaco; otro, un cielo estriado, en mosaico de figuras monótonas; otro, una torva neblina, como vapor de sangre; otro, una tétrica lividez amarilla, como si el Sol, enfermo, se estuviera extinguiendo.

¿Qué sucedió?

Que los discos, en vez de ser cristales diáfanos e isométricos, todos de igual luminosidad y transparencia, eran todos diversos entre sí, y cargados de taras originales: cual, estriado; cual, aberrante; cual, con manchas y grietas; cual, gris o negruzco; cual, verdinegro y con la superficie enterrayada; cual, dispuesto en mosaico monótono; cual, nebuloso como un bloque de hielo; y aquel otro, amarilloso y fúnebre, y el último, como si en vez de cristal fuera de sangre coagulada.

Eso sucedió, y así fue como vimos, no la aurora, sino tristezas y fealdades. Y así es como vemos, *no la verdad*, sino confusiones, y desconciertos y quimeras.

Así anda nuestra mente, buscando la verdad

a través de vidrios lamentables. Y así resultamos casi todos: unos, maniáticos; otros, locos; otros, obcecados; otros, estrechos; otros, ilusos; otros, desvanecidos; otros, superficiales; otros, confusos; otros, vagarosos y quiméricos; otros, incompletos, falsos y cambiantes...

Todos: ¡extraviados!

El disco de nuestro cerebro separa nuestra mente de la aurora divina que se llama *Verdad*. Ahí, al otro lado de esa frágil muralla cerebral, están la luz, el bien, la serenidad, la justicia, el Sol en el zenit. Pero su gloria no llega sólo a través de nuestro mezquino disco sucio, aberrante, falso, opaco, estriado, nebuloso y caliginoso, y lo que vemos es un sueño... ni eso apenas, sino la sombra, el fantasma de un sueño...





**E**SA fatalidad se llama DESTINO.

¿Qué papel hacen, en el drama particular de cada uno, en la tragedia de su destino individual, las gentes que le rodean? ¿Qué hay de cierto en la afirmación de que fueron mi padre, mis hermanos, mis amigos, mis jefes, mis convecinos o mis compatriotas los causantes de mis desventuras? ¿Es verdad aquello de que “soy una víctima” y que todos los demás son o fueron mis verdugos? ¿Qué hay de cierto en aquello de que “erré de patria”, que decía Montalvo, y en aquello de “turba de enanos”, que decía Lord Byron? Nada: el hombre no puede errar de patria, ni de tiempo, ni de familia, ni de ambiente. Donde cada uno nació, ahí debió nacer, y donde está, ahí es donde ha de estar. Porque la Ley (ley y justicia son lo mismo) *imperá en todo y siempre*, y lo que se llama el azar, no es sino la relación

*desconocida*, entre dos términos que parecen disjuntos, pero que, en realidad, están unidos.

Aquella antigua concepción romántica de *la suerte*, comprendida como una lotería, es cómoda, sin duda, pues le permite a cada uno hacer de mártir, sacrificado a la maldad ambiente, o al capricho del dios atrabiliario que se llama el Azar. Es cómoda; tanto, que la mayoría de los hombres se aferra aún a ella, y se obstina en decir, que su sino, su estrella, el hado, son los únicos responsables de sus dolores y fracasos, y que ellos no son sino desventurados, a cuyo nacimiento presidió el hada perversa de la Contrariedad.

Sobre esta creencia se ha edificado en Occidente la literatura de tres milenios, y ésta es la hora en que todavía se complace al lector vulgar, pintándole al héroe del drama como uno a quien la Esfinge señaló para la desventura, mirándole con sus ojos irónicos. Sólo Shakespeare, acaso, presintió la doctrina de que *el verdadero drama del hombre, su fatalidad, su Destino, radican en su propio sér, y especialmente en su naturaleza mental.*

Las dos tragedias de Coriolano, y Julio César, se dirían escritas para demostrar esta verdad. En efecto, es imposible acumular condiciones y circunstancias más favorables que las que rodean

a Coriolano y a César; todo se halla dispuesto para llevarles al coronamiento de una vida de gloria y de triunfos.

Lógicamente, César debe ser coronado, e imperar en aquel imperio de Roma, para beneficio de todos; pues aquel hombre generoso, noble, inteligente, sagaz y tolerante, buen conocedor de la vida, experto en hacerse amar y temer, incansable en el perdonar, inaccesible a la vanidad y a la superstición, adorado de sus legiones, no tiene en contra de sus prestigios, más que a un escaso número de obcecados, que, por ser tan escasos y tan desacordes con el ambiente, habrán de sucumbir en la lucha. Y sin embargo, en aquella contienda tan desigual, es César quien sucumbe. ¿Por qué? A causa de que César es en *demasiu valeroso*, y porque la vida no ha podido destruir en su corazón *el candor*. Esas dos virtudes, son las que mataron a César y no la pobre conjuración de Bruto y Casio. La mañana del asesinato, su mujer, sus servidores, los augures, hasta gentes a quienes no conoce, se empeñan en que no concurra al Senado. *Todos* piensan que no debe ir; todos *ven* el peligro cernirse sobre su cabeza; todos le avisan que se halla amenazado de muerte. Con sólo retardar un día la visita al Senado, estaría a salvo, pues ya en el camino le entregan escrita la denuncia de la

conspiración. ¿Por qué no se salvó? ¿Por qué él, que es tan inteligente y sagaz, *no ve lo que todos ven?* El, únicamente él, vio de manera contraria a lo que era evidente para todos. Y como es incapaz de mentir, dice, “que pues no ve peligro, no debe obrar como si lo viera”; “que pues no tiene miedo, no debe comportarse como si lo tuviera”; “que pues a nadie odia, nada tiene que recelar; que él es César, y su conducta en este caso, será como de César” . . .

Sucumbió, y pereció, simplemente *a causa de su cerebro que veía con una luz diversa enteramente de aquella con que veían los demás* . . .

Y causa grande melancolía pensar que hombres muy por bajo de César, como Pedro de Rusia, sólo por tener algo más de malicia y algo menos de horror a la mentira, sortearon y dominaron conjuras numerosas; y triunfaron de mayores peligros . . .



El caso de Coriolano es asimismo de patente. Los patricios le adoran; los plebeyos buscan su amistad; es el salvador de Roma; los pueblos enemigos ven en él al caudillo invencible a quien es fuerza someterse. Es joven, valeroso, atrayente, de prosapia ilustre, desinteresado y

sencillo; fuerte, ágil e incansable; un acabado tipo de hombre y de romano.

¿Por qué en el instante en que debía alcanzar el poder supremo, que todos le ofrecen, lo que alcanza es el destierro y luego la muerte? Porque es extremadamente sincero, e *incapaz de callar lo que piensa*, a causa de su orgullosa sinceridad. Su cerebro es como una mina cargada de un poderosísimo explosivo; una vez se le excite, levemente que sea, es inevitable que estalle. El pensamiento es en él fulminante; pensar y explotar, son todo uno. Si el plebeyo que llega gozoso a ofrecerle sus votos, va sucio y mal oliente, él, enojado de recibir favores de tal hombre, piensa *que se lo debe decir*, y se lo dice. No puede refrenar ni su pensamiento ni su lengua; no puede; *no puede*. Aunque él se esfuerce; aunque por satisfacer a su madre, a quien venera: a su mujer, a quien adora; a sus amigos, a quienes tanto estima, haga todos los propósitos y promesas del mundo, llegado el momento, *hablará*; su orgullosa franqueza podrá más que el amor, que la amistad, que la devoción filial, que la ternura paternal, que la seducción del poder, que todo en la vida: habla, se desboca, arroja sus palabras como proyectiles, ofende a unos, desalienta a otros, decepciona a todos, y va, por fin, no al Consulado, sino camino del destierro, que luego

se le torna en camino para la muerte. . . ¡Pobre Coriolano! ¡Pobre Coriolano, tan altivo, tan desinteresado, tan sincero y leal, tan valeroso y tan sencillo! *La visión turbia* de su cerebro le escondió *aquello que todos veían*, y que a él más que a nadie le importaba saber. *En su cerebro* llevaba escrita la sentencia de fracaso y de muerte. . . ¿Cómo no había de caer vencido?

**P**ERO no es fuerza acudir a la historia ni a la poesía para encontrar comprobaciones de nuestra tesis: en su propia vida, o en la vida de las gentes que le rodean, hallará cada uno ejemplos para convencerse de que la fatalidad, el Destino, no anda fuera de nosotros sino en nosotros; que lo lleva cada uno consigo, y que, como aquella túnica de Neso, que abrasaba con su fuego invisible, no podemos arrancarle de nosotros sin que se nos lleve la carne a pedazos. En uno, con uno, incorporado en uno, va el ojo exacto del Destino: ciego o inatento a la ventura que *no nos corresponde*; abierto y acucioso para asir el instante, el modo y el suceso que han de procurarnos la expiación. ¡Son tantos los ejemplos! . . . Este, tronchó su porvenir, *por nada*, por una frase dura que le dijo a su padre y le impulsó a irse del hogar. Aquél, se unió a la

mujer que le hizo desgraciado, *en una hora de aturdimiento*, sin amarla, en verdad. El otro, abandonó la posición que había alcanzado, por la rara *ocurrencia* de que era en su país y no en otra parte donde él había de triunfar. Uno rompió con el amigo querido, por una disputa impertinente sobre cosas que, en verdad, *eran de poca monta*. Otro dejó a la elegida de su corazón, ya cuando iban a unirse, porque se negó ella a darle gusto *en no sé qué nimiedad* de atavío y de colores. Un tercero, *en una hora de orgía* con amigos, fue al lenocinio donde le enfermaron para siempre. Otro más, fue asaltado y robado, por confiarse a quien todos —*todos menos él*— sabían indigno de confianza. Y un último, en fin, *por amor de la paz*, se dejó dominar y oprimir, y llevó una existencia colmada de amarguras.

Todos, *por nada*, por cosas triviales y sencillas (claramente lo vieron más tarde), por un guijarro que estaba en el camino.

Un miserable obstáculo, una pequeña piedra en el camino. Pero no; antes que ellos, y después de ellos, diez, cien, mil viajeros transitaron aquel camino, y no tropezaron en la piedra: unos, pasaron apartándose; otros, saltaron por encima; otros, la echaron a un lado con el pie; otros la recogieron y se sirvieron de ella para



desprender la fruta del árbol, o para espantar el animal bravío que les amenazaba.

¿Quiénes tropezaron? Los débiles, los ciegos, los inadvertidos, los alocados, los impetuosos, los vacilantes, *aquellos que debían tropezar*, aquellos que llevaban en su contextura cerebral y anímica el germen de aquel tropezón: *la ceguera mental nativa, que al encontrarse con el obstáculo, con la piedrecita ocasional, ha de originar un error, exactamente como el cartucho de dinamita al chocar con el suelo, habrá de originar una explosión.*

\* \* \*

Nuestros semejantes, padres, hermanos, hijos, parientes, convecinos y compatriotas, cuantos entretrejen la malla de su vivir con la nuestra, y de quienes recibimos sinsabores y amarguras, traiciones y engaños, ruina y esclavitud, no son sino piedras ocasionales en la senda de nuestra peregrinación; circunstancias y eventualidades, contra las cuales el Destino nos llevará a estrellarnos, *no ciega y arbitrariamente* y por complacerse en nuestro daño, sino *justiciera y necesariamente*; puesto que el explosivo, la causa, va en nosotros, es creación de nosotros; y en un camino donde hay piedras, rocas, muros, hondonadas y otros mil obstáculos, es imposible

que no choque y no estalle contra alguno de ellos, *aquel que anda ciego* y lleva consigo un explosivo. En cambio, el que va libre de ceguera y de explosivos, *no tropezará ni estallará*, y si tropieza, nunca será de modo que se arruine o perezca. Su choque será un contratiempo, una molestia, nunca una catástrofe.

¿A qué, entonces, el rencor implacable contra nuestros prójimos, porque en ellos tropezamos y caímos, si no son, al cabo, más que *instrumentos* del Destino, escollos que la Justicia utiliza para nuestro castigo? ¿Por qué, en vez de “no perdonaré nunca a ese infame” no decir, “le perdonaré, porque no supo lo que hacía”? Y aun mejor, “le doy gracias, porque él abrió salida al mal que estaba en mí, dando ocasión a que yo me purificara por el sufrimiento”? Tal como no execramos al cirujano que nos desgarras las carnes, para extraer el tumor que nos envenena y nos mata. . .

¿Que sería extremada virtud sentir y obrar de esa manera? Sin duda, y como tal, *como suma de perfección*, la enseñó quien nos dijo: “amad a vuestros enemigos, y rogad por los que os persiguen y calumnian”.

Y verdaderamente, sería grande y justificada piedad compadecer más a quienes más dolores nos causan, pues la malla que une y entrelaza los

destinos individuales es tan complicada y sutil y enmarañada, que no hay manera de tocar uno solo de sus hilos, sin que se conmueva y agite la urdimbre toda. Aquél mismo que, martirizándose, fue instrumento de mi castigo, simple cuña en el potro de mi tormento, o hierro candente para cauterizar mi llaga, como no lo hizo movido de amor sino de odio; no para curarme sino por ofenderme; no pensando en ser ejecutor de la justicia, sino en servicio de sus negras pasiones; aquél mismo, en cada ofensa que me infiere, en cada grito que me arranca, *está siendo víctima de su propio Destino*: el virus que inficiona su sér, adquirido en vidas anteriores por causa de sus iras y malicias, *está obrando en él*, dando sus naturales frutos: *iras y malicias*. Y lo peor, lo más trágico para él, es que, ejercitando en mí su odio y su malicia, no sólo no se está curando de ellos, sino que *los está aumentando y acrisolando*: es decir, está sembrando ya desde ahora, de abrojos y de lágrimas, el camino de su vida futura, y aun el de esta su existencia presente. De tal guisa, que si yo fuera capaz de videncia y ecuanimidad, habría de compadecerle más cuanto más daño me hiciese; puesto que *yo sé, yo veo*, cómo en ese mismo instante en que me ofende, se forma y condensa sobre su cabeza la tempestad de sus venideras desventuras.

**Escándalos ha de haber por fuerza en el mundo, dice Jesús, y es necesario que los haya. Pero ¡ay de aquel que cometa el escándalo!**

¿Y el clima, el suelo, todo lo que constituye el ambiente físico?

¿Y la raza, y la familia, y el país en que uno nace?

¿No son, acaso, influencias poderosas en las posibilidades y realizaciones de cada hombre?

Sin duda que sí, y tienen su lugar secundario, en la jerarquía de los agentes del Destino. Si he nacido entre malayos o entre esquimales, no será mi vida, ciertamente, como si naciese en Inglaterra o en Francia; me faltarían numerosos recursos de cultura, y nunca pasaría de ser, a lo sumo, de los más inteligentes y cordiales salvajes. Si soy del Sahara o del Arizona, otra será mi suerte que si naciese en las campiñas de Valencia o en los vergeles de Toscana. Si provengo de padres sanos, fuertes y alegres, no será mi vivir como si aquéllos fueran achacosos, débiles y

tristes. De ascendientes locos, o alcohólicos, o tuberculosos, no van a nacer muchachos cuerdos, temperantes, o vigorosos; y no será lo mismo nacer y crecer en las marismas y pantanos de nuestras costas, donde el paludismo nos vacuna siniestramente, que en las altas planicies de los Andes, con aire siempre puro, suelo enjuto y aromatizado de flores silvestres, y horizonte que ensancha el corazón y las ideas. Ninguno de esos factores dejará de actuar sobre mí, puesto que *nada en el Universo deja de actuar, ni un instante, sobre las cosas ambientes, y aun lejanas.*

Pero el hecho mismo de nacer aquí o allá, en tal o cual clima, de tal o cual familia, de esta o de aquella raza, es ya una consecuencia de mis vidas anteriores; no hija del azar, sino en virtud de leyes universales y constantes.

Que no podamos sorprender en su funcionamiento íntimo el mecanismo de esas leyes supremas, no es razón para negarlas; así como no podemos negar las leyes de la Naturaleza material, aunque casi nada todavía comprendamos del mecanismo y dinamismo de esas fuerzas. Desde el momento en que admitimos que existe un Plano del espíritu —con causas y efectos necesariamente enlazados—, hemos de aceptar que se halla sujeto a leyes no menos infalibles y constantes que los del Plano físico; no menos,

sino, acaso, más, puesto que el espíritu es más alto y eficiente que la materia.

Podrá no creerse en este Plano espiritual de la Vida, y en efecto, muchas gentes sólo tienen del Universo una concepción estrechísima, limitada a lo que puede conocerse por los sentidos; pero ese positivismo extremado, que no es capaz de explicar un solo fenómeno de la materia, mucho menos sabría explicar los más escondidos secretos de la mente y del alma.

En cambio, la aceptación de un Plano de vida espiritual, lo explica todo, o por lo menos hace concebible la creación, por medio de teorías e hipótesis amplias y en las cuales caben, no solamente los fenómenos, sino las causas próximas; no sólo la gravitación material, que es la pesantez, sino la gravitación moral, que es la Justicia; no sólo la piedra y el agua, sino el bien y el mal; no sólo la digestión, sino, además, el pensamiento; no sólo las adherencias y afinidades materiales, sino el amor y las afinidades mentales; no sólo el cumplimiento fatal de la Justicia —que se llama Destino—, sino el libre albedrío, que nos da el poder de atenuar, modificar y aun de extinguir el destino.

Dentro de esta Concepción Universal, todo se explica sencillamente, por una serie definida de gérmenes y frutos que se suceden y eslabo-

nan; siendo cada uno consecuencia del anterior, y convirtiéndose en causa del que subsigue. Y si fuéramos capaces de auscultar el corazón del Misterio, veríamos que *todo el Universo funciona como una sola Substancia, moviéndose al influjo de una sola Fuerza, desenvolviéndose conforme a un mismo Plan, y marcando en sus infinitas manifestaciones y evoluciones, un mismo Ritmo colosal y divino, que le imprime un solo y Supremo Espiritu, cuyo pensamiento es Justicia y cuyo corazón es Amor.*



Surge todavía la pregunta de si el hecho de nacer en este planeta, no es ya un factor decisivo sobre nuestro Destino. De si, una vez que nuestro navío espiritual tocó en las playas de este lejano islote del Mar de la Existencia, no estamos ya condenados irremisiblemente a la desventura y al error, así como los reos que, una vez confinados en el lugar de su presidio, ya no tienen otra perspectiva que soledad, rudo trabajo, menosprecio y disciplinaria tiranía.

Para todo aquel que traspasó los linderos de la juventud, la respuesta es unánime y categórica: *la Tierra es un valle de lágrimas*, y nosotros somos *los desterrados hijos de la vida*. Para la filosofía religiosa de todos los pueblos, somos los



“prisioneros de la carne, en la cual padecemos”, sin otra esperanza que “resucitar algún día de entre los muertos”, para “subir a la diestra del Padre”, según el decir cristiano, o “alcanzar la liberación final, escapando a la rueda de las reencarnaciones”, según el decir budhístico.

*Valle de lágrimas, destierro, casa de expiación, infierno o región inferior, purgatorio o lugar de purificación:* así la definen las religiones y las filosofías; así la sienten cuantos, alguna vez, ¿y quién no?, han sentido el corazón desgarrado por uno de los mil puñales del dolor, y así la contemplan, en fin, quienesquiera tengan sensible corazón y ojos avizores para ver o adivinar que, dondequiera, a toda hora, un mar de lágrimas y un río de sangre interceptan el camino del hombre.

La ciencia dice: un ínfimo planeta, oscuro y triste, agitado de muchos movimientos, como todo ser inferior; informe a tal grado, que ni siquiera ha logrado llegar enteramente al esferoide; sujeto a la influencia de un mínimo cadáver, que es la Luna; la mayor parte de ella, arena o témpano, donde la vida es imposible o harto precaria y angustiada; tan pequeña, que no haría, cayendo sobre el Sol, mayor efecto que un grano de carbón en una hoguera; tan árida y escasa, que ningún sér puede en ella vivir, si no

es absorbiendo otras vidas; tan injusta, que su ley es la lucha, y tan trágica, que en ella vivir, significa matar.

“Donde quiera que uno se sitúe, dice Tolstoy, si traza al rededor un círculo de una versta de radio, y lo atraviesa en cualquier dirección, hallará gentes que mueren de miseria.”

Dondequiera que uno se sitúe, decimos nosotros, si traza en torno suyo un círculo de cien metros de radio, si hay hombres ahí dentro, uno habrá, por lo menos, que lleve el pecho destrozado o el ánimo afligido y tormentoso. ¿Quién se libró jamás del dolor? Bajo los vestidos suntuosos, bajo el artesonado de los palacios, bajo la corona de los reyes y la tiara de los pontífices, en el arca del millonario, entre los aplausos que glorifican al artista y al sabio, y entre los laureles del poeta, incuban o se agitan la desesperación, la melancolía, el tedio o el remordimiento; a todos el buitre de la duda les barrena el pecho alguna vez, y la garra del tormento físico, que hace al hombre medroso como un niño, vendrá alguna vez a despedazarles las entrañas.

“La vida es dolor”, resume el Poeta, juntando en una queja única y breve, lo que gimen la Filosofía, la Religión, la Ciencia, el Arte y la Experiencia diaria: *Life is pain...*

Mas, no saquemos de este universal veredicto

exageradas consecuencias. Extraigamos solamente una conclusión, atestiguada por todos, y es que *el hombre no vive contento en este mundo*. El hombre es un inconforme: todo lo que emprende y realiza para alcanzar su felicidad, es perenne fracaso, y a todas sus empresas y tentativas puede aplicársele con rigurosa exactitud, el desengañado aforismo del Eclesiastés; y a todo lo que dice y escribe sobre el arte de ser feliz, le conviene la irónica sentencia de Hamlet: *palabras, palabras, palabras...*

El hombre vive aquí descontento: es, por definición, el *descontento*. Y ello proviene de que el hombre es un inadaptado. Y no ha logrado adaptarse —ni hay indicio de que lo consiga jamás—, porque este medio, el planeta Tierra, es para él un medio *en demasía extraño*.

Si en el hombre predominara la materia, como en las piedras y en algunas plantas, alcanzaría la paz que tanto anhela. Si predominara en él lo anímico, así como en la mayor parte de las bestias, alcanzaría una relativa felicidad. Pero siendo el pensamiento y la conciencia los elementos predominantes de su naturaleza, es fatal que nunca logre satisfacción y plenitud, en un mundo como éste, *hecho para el cambio y la lucha*, cuando lo necesario y propio del pensa-

miento y la conciencia, son la *perennidad y la armonía*.

Ahora bien, esta fatal inadaptación del hombre a la Tierra, no es culpa de la Tierra, sino del hombre.

La Tierra es, *como es*: uno de los millares de astros donde la materia asume formas demasiado densas; de lo cual se originan *maneras de vivir demasiado groseras*. La materia, que en otros astros es sutil, ligera, suavemente cambiante, y por consiguiente propicia y fácil para servir de medio a un espíritu como el del hombre, es en los mundos inferiores, como la Tierra, espesa, inestable y violenta; sujeta a transformación incesante, y necesitada de grandes cantidades de energía para mantenerse en una forma determinada.

Los astros son en el Universo como las plantas y los animales en la Tierra: —que cada uno tiene sus caracteres propios, y *dentro de esas diferencias, realizan, y dan facilidad para que en ellos se realice*, un ideal de vida bella, buena y feliz. Por eso es que las abejas y las mariposas, *creadas en acuerdo bastante* con las idiosincrasias de la Tierra, pueden hallar en ésta un paraíso. Así, el mismo astro que para algunos seres es cárcel, inferior, *infern*al, puede ser para otros morada de paz y de ventura, un mundo *celeste*.

La Tierra es así; para unos edén, para otros cárcel.



Aquellos seres en que hay escasa mente, en que la materia predomina, viven bien en la Tierra, o por lo menos, viven una vida en que el dolor es la excepción, y que les da facilidades para cumplir aquí su destino:

Esta es la peña, que vive diez mil años a orillas del Océano, oyendo la canción de las olas.

Es el rubí, que duerme en las entrañas de la roca, esperando sin ansia a que el Tiempo le haga salir a luz, para que rivalice con los ojos de Aldebarán.

Es la ceiba, que vive cuatro siglos antes de ser adulta, y acoge en la amplitud de su follaje un enjambre de pájaros, una nube de insectos y una selva de parásitos.

Es el canto rodado, que descendió en mil años desde la cima del Aconcagua hasta la orilla del Pacífico, oyendo en el camino todas las confidencias de la Montaña.

Es el pájaro, que casi todo el día anda ocupado en cantar y charlar.

Es el elefante, tallado bastamente en la roca

gredosa, que apenas si se anima, y que si anda, más parece que duerme.

Es el león, que yace el día en la pereza, y sólo se incorpora lo preciso para raptar la caza.

Es el rinoceronte, montón de barro desecado, que modeló, jugando, una mano de niño.

Es el hipopótamo, pedrejón liso y duro, que a fuerza de rodar en las aguas tomó su forma informe.

Es la serpiente, que resbala en el polvo, anda sin pies, vuela sin alas, y detiene la presa con sólo el fluido de sus ojos.

Es el caimán, todo él sueño y pereza, que sólo abre las fauces, y ya le cae en ellas el sustento.

Son los peces, que la onda lleva y trae, sin inquietud ni afanes, pues todo el mar rebosa para ellos en nutricia.

Son los gusanos, que nacen y se crían en el corazón del mango y del zapote, mejor que el hijo de los reyes en su cuna de oro y carmesí.

Es la grama, que más prospera cuanto más se la hiere.

Son los moscardones, que bordan sin descanso bajo el sol abrasante, como si todo su anhelo fuera dormirse en la monotonía de su voz estridente. . . es todo lo que vive aquí abajo, más feliz cuanto más difiere de nosotros; más

sujeto al dolor, cuanto más se nos asemeja por el pensamiento y el alma.



El insecto, entre uno y otro vuelo, se posa en el seno de oro de la margarita, y deja ahí sus huevos, mientras se come el polen de la flor; la cual, en su vivir, que es como un sueño, no siente acaso la mancha ni la herida... Alza el vuelo aquél, ya libre de su alumbramiento, y el *lis-lis*, que pasaba, como una gris centella, se lo engulle al pasar... y el oscuro mosquito se fue de la vida sin sentirlo. Fue a posarse el pájaro en la rama, y el hurón, que le acecha, lo agarra en un instante, lo destroza y devora... y ved ahí otra vida que desaparece como un meteoro. Baja el hurón del árbol, y súbito se halla estrangulado por la serpiente, que en un momento le deja sin aliento y sin sangre. Se duerme la serpiente, harta y embotada, y no bien se ha dormido cuando ya despierta en las garras del serpentario, que se la lleva por los aires, y la devora mientras vuela...

Tal viven y mueren estos seres, con dolores fugaces, y muertes fulminantes de que apenas llegan a darse cuenta. El sufrir es en ellos momentáneo; la muerte, inesperada y rápida; el esfuerzo para el sustento, sencillo y uniforme.

Padecen algunas veces hambre, no codicia ni explotación. Riñen a muerte, y mueren, o se separan ya sin cólera; no se van a rumiar rencores para toda la vida. Se ayuntan y procrean, y luego se dejan, libres de cuidados y de cargas. El más fuerte vence y domina, y el más débil, sin humillación se retira, o se le somete sin despecho; no va a esconder su rabia, atorozonándose con el recuerdo de la deshonra. En mucho son como los niños, para quienes la vida es, por lo más, de juegos y de risas, de golosinas y vagancias, de charlerías y ensueños.

Es que los animales y las plantas, mayormente las últimas, están aquí en su casa, en un medio que les conviene, sin tormentos espirituales ni zozobras continuas del alma. Entre tanto el hombre, no encuentra reposo ni seguridad; lucha sin tregua, y trabaja, y se afana, y no alcanza sosiego. La Naturaleza le es hostil, la enfermedad le inutiliza y le atormenta en mil formas; vive en la zozobra por los seres queridos, y en la tristeza por los que ya perdió; se queja de la vida, y tiembla del temor de morir; oprime para que no le opriman, explota de miedo que le exploten; acumula riquezas para vivir míseramente custodiándolas; se enoja de que le contradigan, y se indigna si no le comprenden; se despecha si no le ensalzan, y se vuelve feroz si le resisten; se



consume de envidia si le superan, y de tedio cuando ya logra el triunfo.

Todo él es inquietud, devaneos, desconocimiento, afán de previsión, y pesar de haber intentado lo que ya consiguió. Y su cuerpo, como si fuera su mortal enemigo, coge todos los virus y todas las ponzoñas, del agua, de la tierra, del aire, de las hierbas y de las frutas... Como si donde quiera que busca el placer o la satisfacción de sus necesidades, hubiera una emboscada que le acecha para destruir su fuerza y turbar su alegría...

No, el hombre no es un ser de la Tierra; es aquí un intruso, un fracasado, un inepto, que no alcanza sino resultados misérrimos a costa de esfuerzos desmedidos. *Es un inadaptable*, falto de equilibrio; una mente demasiado sutil, presa en una forma demasiado grosera.

Así sería una oropéndola encarnada en un sapo, o una rosa de Lahor, viviendo en un amorfofalus...



SI aun fuera solamente así...

Mas, todavía es peor. Mucho peor aún, pues el hombre, no sólo se evidencia incapaz de alcanzar su dicha personal, sino que es el verdugo de sus semejantes y el destructor de cuanto le rodea.

En una hora de optimismo supremo, León Tolstoy escribió que la misión del hombre sobre la Tierra es, en primer lugar, establecer la paz entre hombre y hombre; segundo, entre el hombre y el animal; después, entre animal y animal<sup>7</sup>. Es decir, que el hombre habría venido a este Planeta para convertirlo, de mundo de guerra y de odio que es, en mundo de paz y de amor.

Este pensamiento, digno de ser el alma de una nueva Fe, no encuentra, sin embargo, en los

<sup>7</sup> Antes de Tolstoy, lo anunció el Profeta Isaias.

hechos, nada que lo confirme, nada que induzca a considerarlo, no ya como una cercana realidad, pero ni siquiera como una lejanísima esperanza. No es de ayer que el hombre apareció en la Tierra; su imperio dura ya milenios y milenios, y en tan dilatadísimo tiempo no ha sembrado sino dolor, esclavitud y ruina.

Por lo que atañe a la paz entre las naciones —que habría de ser la segunda jornada en la pacificación de la Tierra—, la Guerra Mundial reciente, la más bárbara, desastrosa, mezquina y cruel que ha visto el mundo; promovida por las naciones de mayor civilización, cuando todo inducía a pensar que esas naciones, saturadas de ciencia, de moral, de literatura y de filosofía, habían entrado, por fin, al Reino de la Fraternidad... esa guerra, decimos, no permite ya considerar en serio la idea de que la paz, la justicia y el amor lleguen a ser un día la base y el alma de la cultura humana.

¿Qué elementos nuevos habrían de aportarse, que hicieran el milagro de convertir el lobo en oveja? —Letras acaso? Por ventura no son millares de toneladas de papel impreso las que consume cada día la voracidad mental del hombre? —Ciencia, tal vez? Por ventura los mayores descubrimientos científicos, tan maravillosos que

ya eclipsan los prodigios de las hadas y de los magos, no sirven de instrumentos al odio y a la muerte? —Religión y Filosofía? Acaso no nos han enseñado, desde hace diez mil años, los más grandes fundadores y filósofos, que somos hijos del mismo Padre; que somos emanaciones del mismo Espíritu; que no debemos oprimirnos sino ayudarnos? —Ejemplos de amor y de justicia, quizá? No vino Krisna, no vino Budha, no vino Jesús, no vino Sócrates, Epicteto, Vicente de Paúl, San Juan de Dios y Francisco de Asís? —Arte y poesía, entonces? No hemos tenido a Esquilo y a Platón, a Goethe y a Schiller, a Shakespeare y a Hugo, a Rafael y a Rembrandt, a Bach y a Beethoven, a Tolstoy y a Gorki? —Serían, pues, legislación e instituciones? No las crearon Manú, Zoroastro, Pitágoras, Moisés, Licurgo, Numa, tan sabias y profundas que no es posible superarlas?

¿Qué levadura, qué influencia benéfica, qué sugestión, qué leyes, qué creación artística, qué instituciones, qué doctrinas, qué ejemplos pueden imaginarse que no hayan sido ya empleados, y siempre con los mismos frutos, estrechos y efímeros, siempre limitados a un grupo de hombres, a un tiempo o a una casta, a los cuales iluminaron pasajera y efímeramente con el resplandor de un relámpago?



Esa Europa . . . quien la vio en los días últimos, ya para iniciarse la matanza! Qué emoción sentía uno al contemplar aquellas vitrinas donde aparecía un libro nuevo de hora en hora! Aquellas universidades donde la ciencia era como lluvia perenne, que se difundía por todos los ámbitos y envolvía a las gentes en una atmósfera de ideas y de conocimientos! Y aquel disertar sempiterno sobre el bien, sobre el amor, y la cultura y la fraternidad! Y los niños, libertando a los pájaros cautivos, y llevando de comer a los gorriones! Y los municipios, votando sumas para los nidos de las cigüeñas! Y las mujeres, llevando al hospital a los animales viejos e inválidos! Y los pintores y escultores, ideando cada día una nueva interpretación del Cristo! Y los sacerdotes, y los socialistas, y los teosofistas, y los profesores, y los espiritistas, y los novelistas, y los poetas . . . a quien más suave, a quien más generoso, a quien más fraternal, a quien más ansioso de paz, de belleza, de unión y comunión y unificación! . . .

Y toda esa gente era caníbal! . . . Y con excepción de unos contados hombres, todos los demás eran caníbales! . . . Y bajo tanta ciencia, y arte, y doctrina, y libros y cuadros y conferencias y

parloteos, dormitaba el antiguo vándalo, asesino y rapaz, ansioso de matanza y de botín y de dominio!... Esa Europa!...

Y si ellos, *que eran la cultura*, hicieron lo que hicieron, ¿qué no harán los salvajes y los bárbaros cuando llegue su hora? Harán, lo que acaba de confesar Máximo Gorki, desengañado y lacerado: "Cualesquiera doctrinas, afirma, que los hombres profesen, estoy convencido de que, *en la práctica*, se comportarán siempre como bestias... pues la tiranía y la crueldad son inherentes al hombre".

No; seguir creyendo que la especie humana *en conjunto*, marcha a un perfeccionamiento que hará de la Tierra una morada de cordialidad y de paz, será todo lo generoso que se quiera, pero no hay idea más quimérica.

La paz entre los pueblos!... Como no sea la que imponga una nueva Roma, que se alce sobre los pueblos subyugados, no tendremos una nueva paz. Si Estados Unidos conquistan y organizan todo el Continente; si el Japón domina toda el Asia; si Inglaterra da la ley en Europa y Africa, ya habrá esperanza de una paz relativa, durante algunos siglos y en una cierta región del Globo. Paz mundial y estable, no la habrá, sino cuando un pueblo los subyugue y desarme a todos; les queme los dientes cada día, como el

domador a los tigres, y les muestre a cada momento el látigo de cuero de rinoceronte, guarnecido de puntas de hierro. Entonces habrá paz en la Casa de Fieras... sólo que el dueño de la menagería, se llamará Nerón...



**E**N estos momentos H. G. Wells afirma que si los pueblos europeos no abandonan sus locos patriotismos, toda su civilización perecerá, y aquellas naciones retrocederán a la barbarie antes de pocos años. Y atormentado por esa visión de barbarie, que acabaría en salvajismo, sugiere remedios basados en el desinterés, en la justicia, en la cordialidad. Mas ¿quién le oirá? Algunos soñadores, algunas buenas almas que se entusiasmen con sus palabras sugestivas. Entre tanto, esas naciones seguirán su carrera hacia la catástrofe final, como las naves atraídas por el Malstrom, o como el pájaro que la serpiente ha fascinado.

Y la verdad es que ya es tiempo de que mueran. ¡Han oprimido tanto! Han explotado tanto, y extorsionado y corrompido tanto! Han sorbido tanta savia y sangre de los indios, de los negros,

de los chinos, de los hindúes, de los moros, de los armenios, de los egipcios, de los australianos, de todos los que son débiles e inermes! . . .

Para darles qué, en recompensa? Alcohol, prostitución, afición al lujo, drogas y venenos sin número.

Que pasen, que se acaben, puesto que ya no tienen que hacer en la vida, y puesto que su obstinación en vivir es ya un peligro para todos. Que se vayan, así como se va todo lo que agoniza o se pudre. ¿No se hacen tierra las azucenas y las rosas, una vez se marchitan? ¿No se hace tierra el pájaro que nos deleita con sus cantos? Que se vayan! Si algo bueno dejaron, eso vivirá, y acaso el perfume de algunas flores que un tiempo cultivaron, haga luego olvidar el acre olor de sangre con que tienen asfixiándose al Mundo. Fueron, ya no son . . . ¿Por qué han de persistir?



Y que desaparezcan o no, ello es cierto que no tendremos paz mundial y estable. A pesar de cuanto sueñan y enseñan los que viven deseando, desde hace tres mil años, que las lanzas se cambien en rastrillos, ésta es la hora en que no contamos aún, para el retardamiento de la guerra, sino con un factor eficaz, y es *el Miedo*.

A decir verdad, siempre ejerció el miedo su influencia decisiva en el advenimiento y conservación de la paz. El miedo de ser pasados a cuchillo; de que les robaran y les saquearan todas sus riquezas; el miedo de ser vendidos como esclavos, o deportados en masa a trabajar en las murallas babilónicas, o de ser sometidos a onerosos tributos; esos eran los frenos únicos que inducían a las naciones débiles a evitar cuanto fuera posible la guerra.

Así fue antes, y así es ahora también. Donde quiera, si se oye hablar a un pueblo de que "*antes morir que sufrir injusticia y deshonor*"; de que "*la civilización o el derecho*" le obliga a desenvainar la espada, etc., etc., téngase por cierto que esa nación cree ser la más fuerte, está segura de dominar a su contraria, de vencerla y extorsionarla. *No tiene miedo*. Si, por el contrario, habla de "*prudencia, de concordia, de amor a la paz, etc., etc.*", entonces, entiéndase con entera certeza que la tal nación *tiene miedo*. Ha hecho sus cuentas, ha visto que *probablemente será vencida*, y se acoge al partido de la concordia. *Tiene miedo*.

El miedo, tan vil, siendo de muchos como de uno solo, es el verdadero resorte, la verdadera clave de la Historia guerrera y heroica, y de todo eso que suele llamarse dignidad nacio-

nal, amor patrio, misión civilizadora, respeto a la tradición gloriosa de los antepasados, etc., etc.

Las naciones todas —peor las más cultas y poderosas—, viven en acecho, a ver en qué momento propicio puede una echarse sobre la otra, y despojarla o humillarla. Si su codicia o su soberbia no están contrarrestadas por el miedo, acometerán sin vacilar, y sin oír razones ni excusas. Si tienen más miedo que codicia o soberbia, procurarán la paz. Las naciones son en esto aún más viles y desvergonzadas que los individuos; pues la codicia, el rencor y la vanidad, los celos, la crueldad y la soberbia, pasiones que originan toda lucha entre hombres, se acrecientan y acendran cuando agitan el corazón de las muchedumbres.

Sí, solamente el miedo precave o suspende las guerras, así hoy como enantes. Pero esta influencia ha tomado ahora proporciones y formas tales, que su eficacia viene a ser mayor que en ninguna época de la Historia. En efecto, gracias al submarino, a los aeroplanos, a los cañones de largo alcance, a los gases asfixiantes, a las sustancias provocadoras de epidemias y a otros inventos diabólicos, ya el peligro de ser herido o muerto no es solamente para los soldados, sino para todos los habitantes del país. El ministro bribón que antes se entretenía en combinaciones

e intrigas, mientras el soldado moría en la frontera; el periodista embaucador, que inventaba sensacionales y lucrativas informaciones; el orador bombástico, que atronaba la plaza con sus tiradas patrioterías; el mercader logrero, que ganaba el ciento con el triunfo y el doscientos con la derrota; el jefe de Estado, que bebía champañá a la salud de los que perecían; el sacerdote, que cantaba gangosos tedeums por la victoria y gangosos misereres por la debacle; la gente de salón, que mataba sus tedios comentando con jerez y bizcochos la habilidad o la estupidez de los generales; todas aquellas gentes que hallaban en la guerra motivos y ocasión de divertirse, ganar dinero, envanecerse y hacer frases, sin peligro ninguno y a costa de la fatiga y de la sangre del soldado, ya no podrán gozar de aquella situación privilegiada; sino que, igual que todos, se hallarán expuestos a ser aplastados, asfixiados, quemados o envenenados. Donde quiera que estén ellos y sus hijos, la bomba de un zepelín los hará trizas cuando menos lo esperen; un torpedo les hará irse a pique, o una mina los aventará por los aires. Si se guarecen en los sótanos, los venenos que dejen caer los dirigibles les traerán la asfixia o la locura, o emponzoñándoles el agua, les traerán el cólera o la peste.

Sí, gracias a la Ciencia y al Diablo, la guerra

deja ya de ser asunto de sufrimiento y muerte para los menos, y de negocio, habladuría y vagancia para los más. Vuelve a ser como en los tiempos de Senaquerib y Teglafalasar, la cosa tremenda *para todos*; el fuego devorador que consume la yerba y la encina; el espanto, la desolación y el crujir de dientes *para todos*; y Dios, aquel Dios bonachón y parcial, que se dejaba conmovier con cánticos y procesiones, y al cual se daba siempre un número en el programa de los festejos, vuelve a ser como enantes, el Vengador, el Destructor, *el Señor de los Ejércitos*, el que tiene en su mano prepotente la fuerza más ciega, implacable y devastadora: *el Ejército*, que sin respeto a leyes, doctrinas ni costumbres ni a valladar ninguno, mata al enemigo, roba la casa, incendia los campos, se lleva los ganados, destruye los templos; corta las manos a los niños, viola y estupra a las mujeres, fusila a los sacerdotes, bombardea las ambulancias, y se lleva cautivos a los no combatientes, a que trabajen bajo el hambre y el látigo!

Esta es, ésta será la guerra, desde hoy más *científica y moderna*, igual o peor que la antigua y salvaje. Y gracias al temor que ella inspira, los pueblos, espantados, piensan en el desarme, en el arbitraje, en algo que les proteja contra el furor del Santo, Santo, Santo! . . .

*¡Los pueblos tienen miedo!*

Y así, gracias a este nuevo Moloch, tendremos paz... mientras uno de los pacifistas contendores no descubra y adquiera medios destructivos que su contrario no pueda contrastar...

¡Qué distancia de eso, a la paz que soñaba Isaias, cuando hablaba de convertir las espadas en rejas de arado! ¡Qué distancia de eso, a la paz que ensalzaba Jesús, fundada en el amor, y en ser todos iguales y cordiales en el seno del Padre!...

León Tolstoi murió a tiempo. Si vive algunos años más, habría despertado de su sueño de fraternidad, a la más odiosa de las realidades. Aquella creencia suya de que "los hombres se hallaban próximos a una era en que debían amarse casi con furor"—, ahora le arrancaría trenos más amargos que los de Jeremías plañiendo el cautiverio. En verdad, el rapto de amor a que se entregaron en 1914 *las naciones civilizadas*, no deja perspectiva al sueño de la concordia universal, ni a una paz basada en la justicia. La crueldad, la malignidad, el refinamiento en destruir; el cinismo altanero de los que se creían los más fuertes; la grosería y la avidez en el saqueo; el desprecio a toda doctrina generosa y a toda costumbre caballeresca; la prisa con que los sabios, poetas, escritores, sacerdotes, maes-

tros y reformadores, corrieron a secundar a quienes dirigían la matanza: la impudicia de los que hicieron negocio con su neutralidad, y la vileza de los que aguardaron el instante oportuno para tomar sin riesgo su parte de botín... todo eso nos enseña que el hombre de hoy es el hombre de ayer, el de hace tres mil años, y el de hace diez mil y veinte mil; y que las naciones civilizadas, bajo su espesa y complicada vestimenta de legislación, de moral, de ciencia, de arte, de religión y de filosofía, son aquellas mismas hordas de Gengis Kan y de Alarico; las mismas de los reyes asirios y de los cazadores de Nemrod; las mismas que hicieron al Eterno *arrepentirse de haber creado al hombre*, y le indujeron a raele de la haz de la Tierra, con el diluvio purificador...



**E**SO, en cuanto al sueño de cambiar las espadas en rejas de arado. Que si vamos a considerar lo que han hecho los hombres como pacificadores del mundo animal, la respuesta cabe en dos palabras: PERSECUCION Y EXTERMINIO.

Si los animales tienen presentimientos, el corazón debió saltarles en el pecho, el día en que el hombre apareció sobre la Tierra.

Aquel día comenzó la gacela a no tener sosiego ni refugio.

Aquel día comenzó para el león la asfixia de los circos, en vez del libre ambiente de la selva.

Aquel día comenzó la ballena a huir de las aguas cálidas y de las riberas apacibles.

Aquel día la garza comenzó a ser huraña y salvaje.

Aquel día se internó el avestruz en lo más apartado del desierto.

Aquel día la marta, la zorra azul y el oso blanco, fueron a pedir un asilo a las yermas soledades del Polo.

Aquel día el mirlo y el zenzontle, el canario y el ruiseñor, hubieron de cambiar el vuelo regocijado en el aire sin límites, por el vaivén ansioso y agitado en la estrechez de una mísera jaula.

Aquel día todas las criaturas agraciadas con una piel sedefia, con un plumaje rutilante, con un canto armonioso, con unas astas finas o unos colmillos ebúrneos; con una grasa oleosa, un cuello fuerte para el yugo, o un lomo adecuado para la silla; con una carne regalada, o una leche nutritiva; todas aquellas que algo podían ofrecer a la gula del hombre, a su pereza, a su vanidad, a su temor, a su codicia, a su congénito prurito destructor, supieron aquel día que un sér de extraña forma y ojos engañosos, ascendido quizá de las regiones infernales, asumía el imperio, y presintieron que su reinado sería de crueldad, de esclavitud y de exterminio...

Desde entonces, ¡cuántas bellas y buenas especies han desaparecido! ¡Cuántas se han vuelto recelosas y hurañas! ¡Cuántas pierden la

gracia, la alegría, la ingenuidad y la dulzura!  
¡Cuántas degeneran en el color, en la voz y en  
el vuelo!

¡Pensar que sólo los cuadrúpedos sacrificados al placer de los cazadores —únicamente a su vanidoso y estúpido placer de verter sangre...—, son tantos, que sería imposible contarlos aunque pasáramos años de años contándolos... ¡Pensar que sólo la vanidad de adornarse con pieles, ha confinado a los hielos del Polo, los restos sin cesar perseguidos de no sé cuantas especies inocentes! ¡Pensar que cada día, millares de primorosos pájaros caen a los golpes de la carabina, de la flecha, de la cerbatana y de la honda, sólo para que los jóvenes y los niños puedan envanecerse de una certera puntería!... ¡Cómo nos odiarán los animales!... ¡Con qué ira fervorosa ascenderá a lo Alto, desde esas almas exasperadas, la tremenda petición de justicia!...



Tal es el éxito con que va realizando el hombre su empresa de pacificar el mundo animal. Tan atinada y celeradamente la realiza, que ya está cerca el día en que las comarcas civilizadas no tengan más penachos lucientes que los san-

grientos estandartes guerreros; ni otro canto que los silbidos de los automóviles y trenes; ni otras bestias que los tanques y acorazados. La cultura será el vaivén alocado de las muchedumbres, apretadas en ciudades inmensas, moviéndose entre nubes de gasolina, aturcidas con el rugir y aullar incesante de sirenas y locomotoras, respirando humo y gas... sin un gorjeo, sin una flor, sin un perfume, sin un vuelo irisado de mariposa o de oropéndola... sin nada más que hierro y periódicos, hierro y papel impreso... todo el hierro de las entrañas del Globo, hecho pasta y lingotes, rieles y cañones, muelles y acorazados; todos los bosques del Planeta, derribados, aserrados y transformados en papel, en diarios de mil páginas, vomitando anuncios, obscuridades y mentiras!...

La vida, el vuelo, el canto, el perfume, el movimiento suave y rítmico, la pluma y el color, habrán ido a refugiarse en las selvas profundas del Amazonas... allá donde la fiebre, las hormigas guerreras, las plantas que atosigan, los miasmas que aniquilan, los zumos que enloquecen y las ponzoñas que asfixian, impiden el reinado del Hombre Pacificador...

Entonces, este rey de la Tierra, cuando le acometa el splin, se lanzará, por disipar su tedio, a inimaginables matanzas guerreras y patrióticas,

y en tiempo de paz, distraerá sus ocios con el suicidio, a razón de un millar por minuto, y aun antes de alcanzar la edad fijada por la ley<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> A esta hora la estadística del suicidio es de cien mil por año en sólo América y Europa. Los casos de suicidas menores de quince años, son frecuentes, y ya se vio en la Gran Buenos Aires, un suicida de once años.



LA incapacidad del hombre como organizador y pacificador del mundo es tan grande, que ni siquiera ha sabido resolver aquellas cuestiones primordiales y perentorias, de las cuales dependía su propia vida, salud y bienestar, y que, necesariamente, habían de ser solucionadas antes de intentar nuevas y más difíciles empresas. Vino el hombre a salvar al mundo. Sin embargo, ésta es la hora en que el hombre *no sabe todavía cómo precaverse del frío, cómo procurarse habitación, ni cómo proveerse de alimentos.*

Esta afirmación, que parecerá gratuita o paradójica, es, sin embargo, la expresión rigurosa de la verdad. En efecto, de dos maneras se resuelven las necesidades de la subsistencia en el mundo animal: si se trata de animales solitarios, como el gato, el tigre, el puerco-espín, el tiburón y otros, esas necesidades se resuelven, sencilla-

mente, por la acción individual, limitada a la necesidad individual. Pero si se trata de animales sociales, incapaces de subsistir y de valerse si no es en sociedad y mediante la cooperación, aquellas necesidades no se vencen sino cuando se resuelven en beneficio de la Colectividad, de la totalidad de los asociados. —Tal es el caso entre las hormigas, los castores, las abejas y algunos otros. “Lo que no aprovecha a la Colmena, no aprovecha a la abeja”.

Que el hombre es un animal de colmena, es innecesario discutirlo— Más que la hormiga, más que el castor y que la abeja, más que cualquier otro animal de grupo o de enjambre, necesita el hombre de la asistencia y de la protección social para vivir, y más que ningún otro es incapaz de prosperar, ni subsistir siquiera, desde el momento en que se encuentre abandonado a sus propias y exclusivas fuerzas, sin auxilio ninguno de sus semejantes.



Esto sabido, es lógico afirmar que la misma ley de Trabajo y Asistencia que rige para las hormigas y las abejas, debe regir, y con más rigor todavía, para los hombres. ¿Cuál es la Ley entre las abejas y las hormigas? *Trabajo para*



*todos; disfrute equitativo, entre todos, de los productos del trabajo.* Todos trabajan, todos viven. Toda emergencia que disminuya o arruine el Haber Colectivo, afecta, sin excepción, a todos. Tal justicia y unión reinan ahí, que, en realidad, cuando se dice *la colmena, el hormiguero*, es como si habláramos de un solo animal, de un ser que es *uno en corazón y en espíritu*, y sólo diverso por la multiplicidad de sus cuerpos. Seguramente, no ocurrirá nunca en la Colmena el pensamiento de que sería legítimo un orden social que asignara sólo a unos el disfrute del trabajo común, ni menos que lo asignara de preferencia a los zánganos. Seguramente, no intentaron nunca las hormigas de un mismo hormiguero, establecer un régimen que asegure los mayores beneficios a una reducida porción de ellas, y que cercene hasta el mínimun, los elementos vitales que necesitan las demás.

Ahora bien, ¿qué pasa en las sociedades humanas? Esto, sencillamente: *buen número de los asociados no trabajan, o trabajan muy poco. Y la gran mayoría de los que trabajan, no disfrutan del Haber Social, sino en la cantidad indispensable para no perecer violentamente.* Una minoría, en todo el mundo, se apodera de la mayor parte del producto del trabajo común, y lo gasta y derrocha sin medida, o lo atesora y guarda para

sus descendientes, obligando a una considerable porción de los asociados a vivir en la escasez y en las privaciones, y a los restantes, a consumirse en la abyección, en la estrechez, la suciedad y el hambre.

Hay, naturalmente, matices y variantes en la aplicación de este régimen absurdo; hay una escala de menos a más, que va, actualmente, desde Estados Unidos, donde el número de miserables es menor, hasta China, subiendo por Inglaterra y Rusia, donde los despojados son más, y su miseria es máxima. Pero haciendo a un lado esos matices y variantes, queda el hecho innegable de que sólo una pequeña minoría de los habitantes del Planeta disfruta ampliamente de la Vida; que sólo una tercera parte disfruta de ella en una proporción racional, y que el resto vegeta, siguiendo una graduación que comienza en estrechez, desciende a la pobreza, luego a la indigencia, y acaba en la miseria; la cual, a su vez, tiene una escala: desde el que muere lentamente por innutrición, falta de aire y de abrigo, hasta el que ahoga y estrangula a sus hijos, como en Rusia y en China, para evitarle los horrores de una muerte más lenta.

Tal es lo que se llama *Orden Social* entre los hombres. Con el aditamento de que ni siquiera

les tocan la indigencia y la miseria a los que trabajan menos, sino, precisamente, a los que trabajan más y en las faenas más difíciles.

Y esta inequidad y desproporción no es, como pudiera creerse, propia únicamente de las naciones atrasadas y pobres, sino en mayor grado, propia de las naciones más civilizadas y más ricas. Quien haya recorrido un poco el mundo, con ojos atentos, sabe a qué atenerse en materia de Vida y de Trabajo, sobre las pretensiones de la llamada civilización. Nosotros conocemos, y las vimos antes de la Guerra, quince naciones civilizadas: ocho americanas y siete europeas. Y con excepción de los Estados Unidos del Norte, y de Bélgica un tanto, no vimos por todas partes sino la misma irritante desproporción: unos pocos gozando a boca llena y hasta regurgitar, de las suntuosidades del banquete; otros, en mayor número, contentándose con las sobras dejadas en los platos, y los más, esperando a la puerta el momento de ir a recoger los huesos y las migas que la compasión o el capricho dejó caer al suelo.

En las más ricas y cultas ciudades de la Europa Central, la prostitución *recatada* era una socorrida y bien organizada industria, de la cual vivían millares de mujeres: unas dando sus cuer-

pos, y otras suministrando alojamiento *decente* y *clandestino*, con nombre de hoteles, pensiones, casas de familia y pequeños negocios. Ahí venían, en sus breves horas de asueto, entre una y otra jornada de trabajo, infinidad de empleadas, camareras y otras, a ganar, de prisa y con recato, lo indispensable para integrar el sueldo miserable que les daban sus opulentos patrones; sin el cual suplemento, la familia padecería demasiada indigencia. . .

Ahora, si se quiere ver la miseria en su aspecto extremado, hay que ir a verla en Londres, la ciudad de los financistas, de la Ciencia Económica, a la cual tributan sus riquezas todos los pueblos de la Tierra, y donde los *Señores de la Vida* pueden hallar para su deleite, en el instante en que lo deseen, el mejor mango que vino de la India, la mejor piña que se produjo en Venezuela, el mejor banano que se cortó en Costa Rica, el mejor vino de Portugal y de Burdeos, la uva más exquisita de España, el té más caro y fino de la China, el café más espirituoso de Java y de Moka, y los cigarros más fragantes de Cuba y del Egipto. Y ahí, en aquel Reino de los Placeres Selectos, es donde uno ve a cada instante, al otro lado de la calle, viejos que le atisban ansiosos, a ver si a uno le adivinan en la mirada o en el gesto, alguna necesidad, algún ca-

pricho, algo que ellos irán volando a traer o llevar, para no ayunar ese día; para no verse, por la noche —faltos de pan y de paciencia—, tentados de arrojar al Támesis, discreto encubridor de la lepra imperial, *que es la muerte por hambre*.

Y ahora mismo, en los Estados Unidos, la nación de los millones sin número, cuyos banqueros son dueños de nueve Repúblicas de América Hispana; de quien son deudores por sumas incontables las más ricas potencias del mundo; que tienen oro para comprar todos los frutos del árbol del Bien y del Mal; en aquella *Golden and Democracy Nation*, hay en estos momentos (1920), tres millones de hombres sin trabajo, y en Boston, su metrópoli espiritual, sede predilecta de la religión y de la filosofía, están yendo, los sábados, unidos por una cuerda que les enlaza la cintura, filas de hombres, a subastarse en el mercado público; donde se consideran dichosos, los que encuentran un amo que les reciba a razón de dos dólares y la comida por semana. Y en Nueva York, trono de Wall Street, donde los Reyes del Negocio cobran rentas de diez dólares por minuto, se ha creado en estos días la profesión de *Blood-Donor* (el que da su sangre para transfusiones), profesión que reporta un mes con otro, cincuenta dólares; lo suficiente para morir despacio y sin escándalo.

\* \* \*

Ya sabemos que los admiradores de la Civilización, los que creen en el Progreso, alegan mil razones para sostener que la explotación, la injusticia y la miseria, dependen de ciertas leyes (ellos se imaginan que son leyes) económicas y sociales, y que la Economía, la Biología y la Sociología, y no sé qué otras ciencias más (ellos se imaginan que son ciencias), explican y sancionan tan abominable desorden.

Conocemos esas *leyes* y esas *ciencias*, y durante muchos años fuimos, como tantos otros, a buscar en ellas una justificación y una esperanza, y, como tantos otros, nos alejamos desengañados y tristes a buscar en otra parte, ya que no el remedio, siquiera la explicación del mal; que más que social es *humano*, puesto que, en verdad, *radica en la naturaleza íntima del hombre*.

“*Siempre tendréis pobres entre vosotros*”, decía Jesús a sus discípulos. Le faltó añadir: porque siempre los más de vosotros seréis codiciosos y orgullosos, y la codicia y el orgullo son los engendrados de la tiranía, de la explotación y de la miseria.

\* \* \*

Dígame cuanto quiera decirse para disculpar la inepticia del hombre como ser social, el hecho es que el castor, la abeja, la hormiga y otros animales, han resuelto sencilla y plenamente el problema de la Vida y del Trabajo. *Y el hombre, no lo ha resuelto.* Sin libros, sin universidades, sin economistas, ni sociólogos, ni biólogos, aquéllos realizan y viven este régimen sencillo y justo que obliga a todos al trabajo, y asegura a todos la vida y un *mínimum* de bienestar y de seguridad. Y los hombres, con montañas de libros y mares de teorías, *no lo han podido resolver*; antes, al contrario, se han apartado cada día más del camino que podía llevarles a su resolución, buscando en los submarinos y los zepelines, en la conquista y el despojo, lo que sólo se encuentra en el camino de la paz y de la bondad. Y cuando alguna vez un legislador insigne, tal Moisés, o un fundador divino, como Jesús, organizaron el régimen de la Equidad y de la Concordia, aquellas organizaciones fueron pronto falseadas o destruidas por obra de la codicia y del orgullo, que son ingénitos en el hombre, y que viven en su corazón destruyendo todos sus elevados intentos, como la carcoma que roe el corazón del árbol, y echa a perder o frustra aquellos que habían de ser sus frutos más lozanos y nutritivos.

*Donde los otros animales de sociedad alcanzaron y mantienen un orden, el hombre siempre fracasó.*

*Tal es la verdad.*



“**E**N el hombre existe mala levadura”, ha escrito un poeta nuestro, glosando a Francisco de Asís. Por eso, *porque llevamos en nosotros mala levadura*, es por lo que hemos fracasado en todo. Esa mala levadura, que los fundadores religiosos advirtieron hace millares de años, denominándola *pecado original*, es la que no permite al hombre llegar a la perfección, como especie, ni aún siquiera en una sensible mayoría de sus individuos; ella es la que impedirá siempre que la Tierra se convierta en morada de la Justicia y de la Paz. No se cogen uvas de los espinos, afirma el Evangelio; es decir, no puede ninguna criatura dar otros frutos que aquellos propios suyos. Así, no podrá el hombre, viciado desde su origen en su naturaleza íntima, sacar de sí un paraíso. No lo podrá jamás, porque lleva en sí, viciando todos sus intentos, la mala levadura

original; porque es *inadaptable al medio*, porque hay un desacuerdo íntimo y perenne entre los elementos que constituyen su sér; porque hay una oposición irresoluble entre el espíritu del hombre y la materia terrestre de que está revestido y en la cual pena y trabaja.

Porque el hombre, no es originario de este planeta, ni adaptable a las características de la vida terrestre. El hombre vino aquí por degeneración, *por una caída*, como se dice en la Leyenda.



La más desgraciada aventura que pudo acontecer al hombre, fue encarnar, revestirse de forma en este rincón de la materia al que llamamos Tierra.

Y no porque la materia en sí sea una cosa vil y maligna, puesto que es *uno de los tres elementos divinos* que sirven para la manifestación del Verbo en todo el Universo, sino porque sus modalidades terrestres son opuestas a las características del espíritu del hombre. La materia terrestre y el espíritu del hombre son antitéticos; a tal grado, que al unirse los dos no forman una síntesis, un equilibrio, sino una antítesis, un desequilibrio, un desconcierto.

De ahí esta consecuencia que nos explica la

inmensa desventura humana: *el hombre es un monstruo*. Su vida toda es el resultado de esa contradicción; y por eso es que hay en el hombre vicios, pecados, enfermedades y excentricidades, que no conocen los otros seres, como el asesinato, la avaricia, la tiranía, el suicidio, el narcotismo, la prostitución y la locura.

Mientras que los demás seres terrestres cumplen fielmente su destino, *porque son de la Tierra*, porque están en su propio medio, el hombre se agita y se debate en el descontento, en el trastorno y en el vicio. La serenidad, este don que otorgan los dioses a las criaturas inocentes, es desconocida del hombre, salvo en los primeros años de su niñez y cuando todavía no tiene el presentimiento de su destino. No pudiendo vivir en la sonrisa y en el canto, como las flores y los pájaros, o en el sosiego y en la paz, como las rocas y las bestias, quiere el hombre *olvidar*. No pudiendo olvidar, porque su espíritu no se conforma con su cárcel, el hombre se exaspera, huye de sí mismo, precipitándose en el juego, en la embriaguez, en la codicia, en la lujuria, en la ambición, en el movimiento vertiginoso, en el narcotismo, en el suicidio y en la guerra. . .

Mas . . . *resucitaremos de entre los muertos*, según la promesa de Jesús. ¡Resucitaremos! . . . Si encontramos la clave para armonizar nuestro

espíritu con nuestro cuerpo, llegaremos un día a emanciparnos de la carne, a evadirnos de la materia, y volveremos a morar en aquel mundo de donde fuimos arrojados por nuestra ceguera y nuestra culpa.

Entre tanto, sumergidos en este océano de horrores, absurdos y dolores, nos consolamos con la voz silenciosa, insistente y acariciadora que nos dice al oído, como un levísimo rumor llegado de la inmensidad: "Vosotros sois dioses"... Dioses!... Sí, dioses arrojados del cielo, reyes destronados, auroras aherrojadas en la carne, zafiros desvanecidos en las entrañas de la piedra.

Nosotros somos dioses! Sólo que, en vez de alas en los hombros, llevamos grillos en los pies...



Qué grillos! Qué cadenas!

El primer eslabón fue, acaso, la soberbia, raíz y fuente de todo mal y de toda ceguera. Dónde fue? Cuándo fue? ¿En algún astro inaccesible, de esos que apenas vislumbramos en una noche diáfana? En un punto de aquella nebulosa, humareda de mundos, que véis allá, más allá de la Vía Láctea, fuera de nuestro universo, fuera de nuestra concepción y aun de nuestra fantasía? En alguna región de luz y bienandanza,

que apenas logra visitar uno de esos cometas que los hombres vieron aparecer sólo una vez, y que ya nunca más veremos de aquí desde la Tierra?

Dónde fue? . . . Cómo fue? . . .

No más conocemos de la trágica historia, sino que comenzó en una venturosa morada, toda luz, toda concordia y armonía, donde la fiera, el hombre, la planta, el reptil y el pájaro, vivían unidos, amigos, hermanos, enlazados por un vínculo que se llamó el amor. La Biblia le llama *el Edén*, es decir, un jardín, un paraíso, una gloria.

Ahí fue donde, un día, este demonio que llamamos *Soberbia*, esta serpiente que desde entonces vive enroscada a nuestro cuello, cuchicheó al oído del hombre de las fatales palabras: "Rebelaos, y seréis como dioses" . . .

Rebelarse, apartarse, no ser como todos, ser único, ser dueño, mandar, dominar, imperar! . . .

Desde entonces, el fatal consejero no ha cesado de acercar su lívida cabeza a nuestro oído, y el hombre, esclavo del Ardiente Deseo, se agita día y noche, todas las horas, todos los instantes, para ser dueño, para ser rey, para ser dios . . . Busca el poder, la gloria, los honores, la riqueza, las jerarquías, las castas, cuanto puede alzarle

por encima de sus hermanos, en cuya opresión y sometimiento cifra la mayor de sus dichas.

La soberbia fue, pues, el pecado de origen, el vicio, la Raíz de la Vida, el que contaminó la luz de nuestro espíritu, y nos trajo obligados a vivir en un mundo cual éste, donde la vida es batallar sin tregua; donde la criatura humana se ha transformado en monstruo; donde el corazón y la mente sueñan y realizan horrores; donde un látigo horrendo, tejido con hidras de perennes cabezas, azota sin tregua y sin piedad nuestras espaldas.

La raza humana entera (¿o tal vez sólo alguna porción de la misma?) fue desterrada de este mundo de luz, por un serafín que blandía una espada de fuego.

Y nuestra sentencia y castigo fue *nacer en la carne*, es decir, morir. Allá vivíamos, y aquí estamos muertos. . .

**E**NCARNA esta leyenda, entre otras cosas, una doctrina moral y una serie de hechos que vienen todos a compendiarse en lo que llamamos el *Destino*, y en la dinámica de éste, que es la *Re-encarnación*. La doctrina moral nos dice que un querubín con espada de fuego (la Justicia), hace bajar a mundos inferiores, o a formas de vida inferiores, en todo el Universo, a los seres que degeneran, que se hacen incapaces de vivir en aquel astro, o bajo aquellas formas que les eran propias; y que no les permite volver a ellos, mientras no se hayan purificado en la medida bastante para rearmosizarse con aquel ambiente. Expresado en términos filosóficos, diremos que hay en el Universo una *Suprema Ley de Armonía*; según la cual todos los seres se mueven dentro de su medio natural propio, siguiendo un ritmo necesario, cuyas alteraciones

determinan un desplazamiento de tales seres. Concebimos así la Creación, como una sinfonía total, cuyo mantenimiento exige *que toda disonancia sea corregida por la ascensión o descenso del ser que la ocasiona, hasta situarse éste en el lugar o Plano de existencia, y en la forma que armonice con su ritmo inferior.*

En el plano que llamamos Físico<sup>9</sup>, el aspecto o imagen de aquella Ley Suprema se llama pesantez o gravitación, y por su virtud, los cuerpos caen o ascienden, según su densidad, hasta situarse en el lugar que les corresponde: arriba el aire, abajo la tierra; arriba el aceite, abajo el agua; el corcho sobre el agua, el plomo en el fondo.

En el plano afectivo o Anímico, la densidad es la cantidad de amor o de egoísmo que hay en cada uno; y según esa densidad se altere, el ser asciende o desciende; es decir, tiende a elevarse a formas y a mundos superiores (el cielo), o a bajar a formas y a mundos inferiores (el infierno). Es *la misma ley*, produciendo *los mismos efectos*, en planos de naturaleza diferente.

En el plano mental o Lumínico, la densidad o gravitación se llama verdad o error; y según en el sér aumenta o disminuye la claridad y

---

<sup>9</sup> Los planos de existencia individual son tres: anímico, físico y mental.



amplitud de la mente, así tiende a situarse en formas y ambientes más altos o más bajos de la jerarquía mental. De tal manera, toda la dinámica del Cosmos viene a ser, en proporciones inconmensurables, tan sencilla como la que rige los más conocidos fenómenos en el mundo Físico: el aceite, que sobrenada en el agua, o el humo, que se eleva en el aire.

En cuanto a los hechos relativos al hombre —que tal leyenda encubre—, se entrevé la sencilla posibilidad de este suceso, ocurrido en un astro cualquiera de nuestra familia, mucho más perfecto que este en que vivimos: *una cierta porción de seres humanos, que viven en condiciones superiores, y que, disonando marcadamente del conjunto, cae, por su propia degeneración, y viene de astro en astro, o de una vez quizá, hasta llegar a nuestra Tierra, donde la materia asume formas adecuadas a la viciada naturaleza inferior de aquellos seres degenerados.*

Y este descenso, naturalmente, no excluye la *caída de seres diferentes* del hombre, que hubieren llegado hasta aquí, como no excluye la ascensión de criaturas venidas de mundos inferiores.

De tal manera, esto que llamamos simbólicamente *La Caída*, no es una aventura particular ocurrida al hombre, sino el vaivén universal y

perenne a que se hallan sujetas las criaturas todas del Cosmos: *descender a los infiernos o mundos inferiores; encarnar ahí en las formas peculiares de esos mundos; luchar y sufrir en un proceso de purificación; adquirir otra vez la levedad espiritual necesaria; desencarnar, y reascender hasta el mundo que fue su punto de partida, o hasta otros superiores.*

En este movimiento universal de ascensión y descendimiento, cada astro será un cielo respecto a otros inferiores, y un infierno en comparación de otros más elevados.

**F**ACIL es concebir, en virtud de la ley que antecede, que en una hora cualquiera de nuestra vida nos juntemos aquí, en nuestro mundo terrestre, criaturas humanas de muy diversas procedencias: unas que bajan, otras que suben; un Luzbel que viene cayendo desde Canope, y va en camino de llegar a Satán, y un Satán que viene subiendo del Abismo, ascendiendo penosamente, con la esperanza de llegar un día, tras una peregrinación de eternidades, a refulgir otra vez entre los querubines. En cada astro donde su densidad espiritual les haga detenerse, se hallarán, como aquí nosotros, obligados a encarnar, morir y reencarnar, una y mil veces, hasta que obteniendo un grado de espiritualidad superior a las condiciones de aquel medio, se eleven, por su nueva virtud, hasta un mundo más alto; o bien, degenerando hasta un grado inferior al

que consiente el medio en que se hallen, se vean obligados a descender aún, y a buscar moradas en un astro más denso y más triste.

¿Hay algún término para esta peregrinación?... Tal vez... Budha, Jesús y otros maestros hablan de una liberación final, de un Nirvana, de una Unión con el Padre, tras de una ascensión maravillosa en que la criatura, *renunciando a todo deseo*, y no teniendo otra aspiración que comprender y amar a Dios, quebranta, por fin, todas sus cadenas, y va a fundirse en la Unidad.

Acaso, al decir de Jesús, hay un último grado de degeneración, un último peldaño en la escala de las tinieblas de donde se cae en la oscuridad sempiterna, en el Abismo, en la pérdida de nuestra alma, o sea la disolución y aniquilamiento de todo lo que constituye nuestro *yo*, como Aspiración y Conciencia.

Bajando de uno en otro escalón, de mundo en mundo, cada vez más densos y oscuros, podría una desdichada alma de hombre descender a formas de vida, de las cuales, las palabras que conocemos, no alcanzan a expresar el horror, el espanto, la desesperación, el tedio y la exasperación que ahí reinan.

Para salir de ahí y ascender otra vez a una

forma de vida celeste, serían necesarios esfuerzos tan grandes, tantos dolores, y períodos de tiempos tan dilatados y tan tristes, que la fantasía del hombre no alcanza a imaginar, y así, vagamente, los ha llamado *Eternidad e Infierno*, que indican lo último, lo sumo en la intensidad y en la duración del dolor. —Bien cabe decir, que bajar hasta un mundo de aquellos *es perderse*: de caída en caída, el hombre se ha transformado ya en demonio, y entonces, así como antes su anhelo y su gloria eran el Bien, ahora su anhelo y su gloria son el Mal: extender el error y el dolor a todos, y hasta donde alcance el poder tremendo de su odio y de su envidia. Hablando de tan espantosas, y por ventura tan raras posibilidades, insinuaba Jesús: “Si tu ojo, o tu mano han de servirte de *perdición*, saca tu ojo y corta tu mano, y arrójalos de ti; que mejor te será entrar sin ellos en el Reino de los Cielos, *que no perder tu alma.*”



Al otro lado de esas moradas tenebrosas, están los mundos de bienaventuranza, donde los cuerpos son casi la luz, donde las palabras son música, donde el musgo es de lirios y de violetas, y la maleza, rosas y gardenias; donde las ideas se

transparentan y hallan forma inmediata las más bellas figuraciones; donde el vuelo fácil y placentero hace del trabajo una gloria; donde un mar, que es diafanidad y armonía, va y viene en ondas de topacio, hasta besar con sus espumas irisadas la playa de rubíes o los escollos de amatista.

Mundos son aquellos de justicia, de fraternidad y caridad, donde no existe la opresión; donde la codicia y la envidia no tienen nombres siquiera; donde la ventura mayor es darle felicidad a otros, y donde, más que de pan, se vive de toda palabra que viene de Dios... Y más allá, mundos que no podemos siquiera concebir; mundos en que reina el Espíritu, en una gloria tal, que nuestra luz parecería ahí tinieblas, y nuestras centellas se verían inertes; donde los afectos se convierten en flores, y las meditaciones en himnos, donde no hay distancia ni tiempo, y donde la existencia es contemplación, éxtasis, cántico y ensueño...

De tales mundos hablaba el Redentor al hablar de los Cielos; un trasunto de aquellos, en lo que hace a la Justicia, a la Caridad y a la Fe, es lo que intentó fundar aquí, no como realización promovida en lo exterior, sino suscitada en el alma de cada hombre. Y de realizar aquí estas cosas, hablaba cuando pedía al Padre

*que viniera su Reino*, para lo cual habían los hombres de hacer *Su Voluntad* en la Tierra, así como las criaturas dilectas la cumplen en el Cielo.





## SINTESES

**H**EMOS dicho que el Universo obedece a una Suprema Ley de Armonía, en virtud de la cual *toda disonancia ha de ser necesariamente corregida.*

Esta necesidad de restablecer el equilibrio, de corregir la desarmonía, en el plano moral se llama *Justicia*, y su dinamismo en la vida particular de las criaturas, se llama *Destino*.

Siendo el Universo una cadena de mundos *afines en lo que es sustancial*, y sólo diversos en lo accidental, *la Vida*, en cada uno de ellos, viene a ser un peldaño de una escala sin fin, *por la cual ascienden y descienden los seres, según su grado de levitación espiritual.* Esta levitación *determina la forma en que encarna el espíritu al cambiar de existencia;* la cual forma

se halla en relación estrecha con la densidad material, moral y mental del astro en donde se realiza la nueva encarnación.

En virtud de esta concordancia y economía del Universo —que nada hace sin objeto, y ajusta los efectos exactamente a las causas que los producen—, *cada ser permanece indefinidamente en el astro en que se halla*, mientras la suma de sus esfuerzos espirituales se adapta al ambiente anímico y mental de dicho astro; sale de éste y asciende, cuando su *espiritualidad* —levitación—, supera a la *espiritualidad* ambiente; y desciende, cuando se hace inferior a la misma. En el primer caso, decimos que ha subido a los cielos, y en el segundo, que ha descendido a los infiernos.

En la cima de la escala de mundos, se encuentra según enseñan Budha y Jesús, la Luz Increada, con la cual se unifica, alcanzando la paz eterna, aquel que logró “*librarse de la fatalidad de las reencarnaciones*”, “resucitando de entre los muertos”, que son *todos los seres encarnados* en formas y mundos inferiores. Eso se llama Nirvana, o Reino del Padre.

En la parte ínfima de la escala, en los pedañes últimos, inmergidos ya en el Abismo, se encuentran las tinieblas, Satán, el Deseo Insaciable, Padre del Error y del Dolor, y con él se

unifica aquel que, por una extrema desventura, descendió a través de innúmeras reencarnaciones, todos los grados del error y del mal. Eso se llama Condención o Infierno, y se le dice eterno, para significar una dilatación de tiempo inconcebible.

Nuestro planeta, lo mismo que cualquiera otro mundo, sirve de morada a sus propios y naturales seres, y además, a los que vienen de astros inferiores, ascendiendo, y a los que vienen de astros más perfectos, descendiendo.

Nuestra peregrinación en la Tierra, que no puede terminar sino por ascensión a los astros más luminosos, o por descendimiento a los más oscuros, *se suspende, en apariencia*, por lo que llamamos *la muerte*, que no es sino un estado de reposo, semejante al del árbol, ya en semilla; durante el cual, desvaneciéndose primero el cuerpo, luego el alma y luego la mente, sólo conservamos el espíritu —aquellas fuerzas germinativas y características que, al reencarnarse, aseguran al nuevo ser la continuación de lo que era en su vida anterior, como potencialidad mental y anímica—, y que le darán, en consecuencia, el organismo conveniente a la fiel y total expresión de sus caracteres.

Así, pues, la muerte *no cambia en nosotros nada esencial*; es un mero estado de suspensión,

que no altera en nada lo que hay en nosotros de sustancial y trascendente, y que sólo afecta a nuestro Destino, en cuanto que, descargados de recuerdos y de remordimientos, y por el vigor y restauración que infunde el reposo, nos facilita, en cierta medida, el esfuerzo de purificar nuestro yo, en la ocasión de una nueva existencia. Tal, un ebrio, durmiendo larga y profundamente la noche, se despierta con anhelo y certeza de no embriagarse más, y llega, con los años, a desalcoholizar enteramente su organismo; pero entre tanto se espera esa desintoxicación, habrá de sufrir ineludiblemente las enfermedades, debilidad, confusión de la mente, desaciertos y fracasos, que son los frutos de haberse intoxicado antes.



Nuestro Destino, es ese veneno que han infundido en nuestro ser el odio, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la envidia, la pereza, la gula y la mentira: un tóxico profundo y sutil, que ha emponzoñado nuestro espíritu, y de *reflejo*, nuestra mente, nuestra alma y nuestro cuerpo; cuyos efectos así como los de cualquier veneno, no pueden cesar enteramente mientras quede en nosotros el más ligero sedi-

mento venenoso. Así como no se acabarán en mí los efectos de la estricnina o del arsénico, por el hecho de que duerma bien esta noche y la de mañana y otras más, mientras aquellos venenos no sean eliminados *enteramente* de mi sangre, así no dejaré de sufrir los dolores y errores causados por el veneno espiritual, por el solo hecho de morir una y otra vez. El veneno, *el Destino*, continuará castigándome, con intensidad decreciente, durante una y otra vida, hasta que se gaste completamente su energía tóxica, si a imitación del ebrio arrepentido, me resuelvo a no absorber ya ningún veneno. Entonces, necesariamente, ha de llegar el día en que mi ser, purificado ya, libre de mal, ascienda, por la eficacia de su propia virtud, a una vida mejor.

Y si por mi ventura, *descubro y empleo remedios que expulsen de mi espíritu, radical y claramente los venenos que le tienen enfermo*, entonces bastará mi existencia actual para que gasten del todo sus morbosas influencias, y mañana, en mi próximo despertar, estaré libre de dolores.



Así es que el Destino tiene un doble carácter: *necesario, fatal, implacable*, en cuanto he

de experimentar los efectos de los gérmenes que yo mismo he infundido en mi sér. Modificable, sujeto a ser *atenuado y extinguido finalmente*, en cuanto yo puedo, orientando mis pensamientos, mis palabras y mis acciones en el sentido del Bien, dar tiempo a que el veneno gaste sus influencias mefíticas; y mientras las gasta, cerrar del todo la entrada a nuevas infestaciones del virus.

En suma, el Destino, cuyas apariencias de arbitrariedad, ceguera y fatalidad han desconcertado siempre a los hombres —a tal grado que han sentido sus días y sus horas angustiadas por el perenne amago de una flecha disparada en las sombras por la mano de un loco—, no es sino *una fuerza, que nosotros mismos creamos; que ya creada, reacciona sobre nosotros mismos; pero que, una vez reaccionó, se extingue si no le añadimos nuevas energías que le den persistencia.*



Ahora, soy la víctima de esta pantera que me ha derribado por el suelo, destroza mi pecho con sus uñas de hierro, y con su áspera lengua sorbe mi sangre. Pero yo sé que no habrá de matarme, *si yo no quiero*; y que un día vendrá,

en que cerradas mis heridas, recobradas mis fuerzas y confortado mi valor, domaré y amansaré a esta fiera, y su cabeza, que es ahora mi espanto, servirá de escabel a mis pies.

